

NAVIGATIO SANCTI BRENDANI ABBATIS

**LA NAVEGACIÓN
DEL ABAD SAN BRENDANO**

**VERSIÓN ESPAÑOLA DE
JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ FLÓREZ
EPÍLOGO DE EAMON BUTTERFIELD**

**A N Á B A S I S
M C M X C V I**

NAVIGATIO SANCTI BRENDANI ABBATIS

**LA NAVEGACIÓN
DEL ABAD SAN BRENDANO**

**VERSIÓN ESPAÑOLA DE
JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ FLÓREZ
EPÍLOGO DE EAMON BUTTERFIELD**

**A N Á B A S I S
M C M X C V I**

ANÁBASIS

COLECCIÓN DIRIGIDA Y DISEÑADA POR

MARIO MUCHNIK

EJEMPLAR Nº268.....

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del COPYRIGHT:

© 1995 by J. M. Álvarez Flórez y Eamon Butterfield

© 1995 by Grupo Anaya S. A.

Anaya & Mario Muchnik, J. I. Luca de Tena, 15, 28027 Madrid.

ISBN: 84-7979-337-6

Depósito legal: M. 34.606-1995

Esta edición de
NAVIGATIO SANCTI BRENDANI ABBATIS
compuesta en tipos Bodoni de 11 puntos en el ordenador de la editorial
se imprimió en los talleres de
Anzos, S.A., Fuenlabrada (Madrid),
el 25 de noviembre de 1995.
Consta de 999 ejemplares numerados.
Impreso en España — Printed in Spain

THE
TRAVEL DIARY OF
FARRELL CLEARY

A Farrell Cleary, viajero extraordinario

1890-1914

NAVIGATIO

SANCTI

BRENDANI

ABBATIS

1 San Brendano, hijo de Finloca, de la gente de Alte, del linaje de Eogeni, nació en la región pantanosa de Mumenensio. Fue varón de gran austeridad y virtudes famosas, padre de casi tres mil monjes. Y estando él en su lucha, en el lugar que dicen prado de la Virtud de Brendano, sucedió que llegó a él una tarde uno de los padres, uno pariente suyo, llamado Barinto.

Y le preguntaba el dicho santo padre tantas cosas, que rompió a llorar y se postró en tierra y estuvo rezando mucho tiempo. Hasta que San Brendano le levantó del suelo y le besó, diciendo:

—Padre, ¿por qué ha de entristecernos tu llegada? Es más bien un consuelo para los hermanos que tú llegues. ¿Acaso no fue un consuelo tu llegada? Danos el mensaje de Dios y fortifica nuestras almas con los muchos milagros que viste en el mar.

Después de que San Brendano dijo esto empezó San Barinto a hablar de cierta isla, diciendo:

—Un hijito mío, Mernoc, provisor de los pobres de Cristo, marchó de mi lado y quiso hacerse solitario. Halló una isla junto a un monte de piedra llamada Deleitosa. Luego de mucho tiempo llegó a mí noticia de que había muchos monjes con él y que hacía Dios por ellos muchísimos milagros. Así que me dispuse a ir a ver a mi hijo. Cuando ya estábamos llegando tras tres días de camino, salió presuroso él a mi encuentro con otros hermanos. Les había revelado el Señor mi llegada. Y cuando nos acercábamos navegando a la isla salieron a recibirnos como enjambre de abejas padres de multitud de celdas. Las viviendas estaban separadas, pero todos estaban unidos en fe, en esperanza, en caridad, juntos comían todos, todos se juntaban para honrar a Dios. Sólo comían frutos de piel, de cáscara, raíces, toda clase de hierbas. Después de las completas quedaba cada uno solo en su celda hasta que cantaban los gallos o se tocaba la campana. Yo por mi parte recorrí de noche la isla entera, mi hijito me condujo a la orilla del mar del Oeste, había una navecilla allí.

»—Sube padre— me dijo —a la nave y naveguemos rumbo al oeste hasta la isla que llaman la tierra prometida de los santos, que ha de dar Dios a los que nos sucedan al final de los tiempos.

»Subimos en la barca, navegamos, hasta que nos envolvió una niebla tan espesa que apenas podíamos distinguir la proa de la popa de la navecilla. Como una hora después, nos envolvió una gran luz y apareció ante nosotros una tierra espaciosa, abundante de hierbas y frutos. Cuando la barca tocó tierra desembarcamos y echamos a andar y estuvimos recorriendo aquella isla durante quince días, pero no pudimos llegar a su fin. No vimos hierba allí sin flor ni árbol sin fruto. Las piedras son allí piedras preciosas. Al cabo de aquellos quince días encontramos un río que corría del oriente al poniente. Consideramos todo esto, no sabíamos qué hacer, queríamos cruzar el río. Pero esperábamos una señal de Dios. Cuando estábamos considerando esto, apareció de pronto un hombre en un gran resplandor que, dirigiéndose inmediatamente a nosotros por nuestros nombres, nos saludó diciendo:

»—Obrasteis bien, buenos hermanos. Por eso os reveló el Señor esta tierra destinada a sus santos. Ese río señala la mitad de la isla. No os está permitido ir más allá. Volved al punto de partida.

»Cuando acabó de decir esto le pregunté enseguida de dónde era y cómo se llamaba. Y él dijo:

»—¿Por qué me preguntáis de dónde vengo o cómo me llamo? ¿Por qué no me preguntáis por la isla? Ha sido como la veis ahora desde que empezó el mundo. ¿Sentís necesidad de comer o beber o de vestidos? Lleváis sin embargo lo equivalente a un año en esta isla y no habéis probado comida ni bebida. Nunca tuvisteis sueño ni os envolvió la noche. Aquí siempre es de día, sin el negror que ciega. Cristo nuestro señor es la luz de esta isla.

»Nos pusimos después en camino, viniendo él con nosotros hasta la costa en donde estaba nuestra navecilla. Y al subir a bordo desapareció de nuestra vista y pasamos a través de la misma oscuridad a la isla Deleitosa. Cuando los hermanos nos vieron se llenaron de gozo por nuestra llegada y se lamentaron de que hubiésemos estado ausentes durante tanto tiempo, diciendo:

»—¿Por qué dejasteis, padres, vuestras ovejas vagando por el monte sin pastor? Sabíamos que nuestro abad se iba de nuestro lado frecuentemente a algún lugar, aunque no sabíamos adonde, y se quedaba allí a veces un mes, a veces quince días, una semana, unas veces más y otras menos.

»Cuando oí esto, me puse a consolarles diciéndoles:

»—Pensad sólo en el bien, hermanos. Es indudable que vivís a las puertas del Paraíso. Cerca de aquí hay una isla que se llama la tierra prometida de los santos, donde no cae la noche ni se termina el día. Mernoc, vuestro abad, va allí. Un ángel del Señor la guarda. ¿No notáis por la fragancia de nuestras vestiduras que estuvimos en el Paraíso de Dios?

»Entonces los hermanos contestaron:

»—Abad, sabíamos que estabas en el Paraíso de Dios allá por el mar; pero dónde está ese Paraíso, eso no lo sabemos. Hemos apreciado sí a menudo la fragancia que las ropas de nuestro abad desprenden cuando vuelve después de estar allí cuarenta días.

»Dos semanas seguidas estuve con mi hijo sin comer ni beber. Pero era tal la saciedad corporal que sentíamos que les parecíamos a los otros como si estuviéramos henchidos de vino nuevo. Y a los cuarenta días recibí la bendición de los hermanos y el abad y me puse en camino con mis compañeros de regreso a mi celda. Llegaré allí mañana.»

Después de oír estas palabras, San Brendano y toda su comunidad se posttraron en tierra y glorificaron a Dios, diciendo:

—Justo es el Señor en todos sus actos y santo en todas sus obras, pues reveló a sus siervos tan grandes milagros, y bendito en sus dones, por habernos alimentado hoy con estos manjares espirituales.

Después San Brendano dijo:

—Vayamos ya a restaurar los cuerpos y a cumplir el nuevo mandamiento.

Tras pasar la noche allí recibió San Barinto a la mañana la bendición de los hermanos y siguió camino de su celda.

2 Luego San Brendano eligió dos veces siete hermanos de su comunidad, se encerró en un oratorio con ellos y les habló, diciendo:

—Compañeros míos amadísimos, os pido consejo y ayuda, pues mi corazón y todos mis pensamientos se consolidan en una decisión. He resuelto en mi corazón ir si es voluntad de Dios a buscar la Tierra Prometida de los Santos de la que habló el padre Barinto. ¿Qué os parece a vosotros, qué me queréis aconsejar?

Pero ellos, al conocer la voluntad del santo padre, dijeron como por una sola boca:

—Abad, tu voluntad es la nuestra. ¿No hemos dejado atrás a nuestras familias? ¿No hemos renunciado a nuestra herencia y puesto en tus manos nuestros cuerpos? Estamos decididos por tanto a ir contigo a la muerte o la vida. Sólo queremos una cosa, la voluntad de Dios.

3 Decidieron entonces San Brendano y los que estaban con él ayunar cuarenta días, siempre por períodos de tres días, y tras eso partir. Cumplidos los cuarenta días se despidió de los hermanos, les encomendó a todos a quien quedó al cargo de su monasterio, que fue después su sucesor allí, y partió hacia el mar de Occidente con catorce hermanos camino de la isla de cierto santo padre, Enda era su nombre. Tres días y tres noches estuvo con él.

4 Después de recibir la bendición del santo padre y de todos los monjes que estaban con él, partió hacia la parte extrema de su tierra natal, donde vivían sus padres. Pero no quiso verles, sino que al pie de un promontorio que entraba hasta lejos en el mar, en el lugar que llaman el Asiento de Brendano, plantó las tiendas, allí donde cabía una nave. San Brendano y los que estaban con él, provistos de herramientas, construyeron una navecilla muy ligera con costillas y armazón de madera, como es costumbre en esas tierras, y la cubrieron con cueros de buey curtidos con corteza de roble. Y rellenaron por fuera todas las juntas de las pieles con grasa, y cargaron cueros para otras dos naves en ella, víveres para cuarenta días, grasa para preparar cueros con que cubrir la nave y otras cosas más necesarias para la vida. Colocaron también un mástil en el centro de ella y una vela y las demás cosas precisas para gobernarla. Luego San Brendano ordenó a sus hermanos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo que entraran en la nave.

5 Cuando San Brendano estaba solo en la costa y bendecía el puerto aparecieron tres hermanos de su monasterio dispuestos a seguirle. Y se postraron enseguida a los pies del santo padre, diciendo:
—Padre, permítenos ir contigo a donde vayas; nos dejaremos morir si no en este lugar de hambre y de sed. Hemos decidido peregrinar los días que nos queden de vida.

Cuando el varón de Dios vio su tribulación, les mandó subir a la nave, diciendo:

—Hágase vuestra voluntad, hijitos.

Y añadió:

—Sé por qué habéis venido. Este hermano ha obrado bien. Dios le preparó por eso un buen lugar. Pero para vosotros preparó un juicio aterrador.

6 Subió luego San Brendano a la nave y desplegó la vela y empezaron a navegar hacia el solsticio de verano. Tenían el viento favorable y no les daba más trabajo navegar que el de aguantar un poco la vela. Pasados quince días cesó el viento, y ellos siguieron navegando hasta que les fallaban ya las fuerzas. San Brendano comenzó enseguida a confortarles y amonestarles, diciendo:

—Nada temáis, hermanos. Dios es en verdad nuestro valedor, y nuestro navegante y timonel, Él es el que nos guía. Soltad los remos y el timón. Basta con que dejéis la vela desplegada, haga Dios lo que quiera de sus siervos y de su nave.

Pero reponían fuerzas siempre a última hora del día. Y cuando tenían viento no sabían de qué dirección venía ni hacia donde arrastraba la nave.

A los cuarenta días, cuando no les quedaban ya provisiones, divisaron una isla hacia el norte, rocosa y alta. Al llegar cerca de la costa vieron un acantilado muy alto, como una muralla, y varios arroyos que se precipitaban desde lo alto de la isla al mar. Pero no encontraron ningún sitio para desembarcar, y estaban en la nave. Y sufrían los hermanos mucho por el hambre y la sed. Y tomó cada uno de ellos un vaso para intentar coger un poco de agua fresca. San Brendano, al ver esto, dijo:

—No hagáis nada. Es necesidad todo cuanto hagáis. ¿Aún no quiere Dios mostrarnos puerto para entrar y os entregáis a la rapiña? El Señor Jesucristo mostrará a sus siervos de aquí a tres días un puerto y sitio para estar, donde reponer los cuerpos exhaustos.

Luego, cuando llevaban tres días rodeando la isla, en ese día tercero, hacia la nona, hallaron puerto en que la nave pudo entrar. Y San Brendano se puso en pie y bendijo la entrada. Y tenía aquella entrada roca de mucha altura a cada lado, cortada a pico como muro. Desembarcaron todos y cuando estaban en tierra San Brendano les rogó que no sacasen de la nave utensilio, instrumento ni bagaje ninguno. Cuando andaban por la orilla del mar vino hacia ellos corriendo por un sendero un perro y paró a los pies de San Brendano, como hacen los perros con sus amos. Así que San Brendano dijo a sus hermanos:

—¿No es buen guía el que nos manda Dios? Sigámosle.

Y San Brendano y sus hermanos siguieron al perro hasta un fuerte.

Al entrar en el fuerte vieron una sala grande, provista de camas y asientos y agua para lavar los pies. Cuando se hubieron acomodado allí, San Brendano rogó a sus compañeros, diciendo:

—Cuidad hermanos, que Satanás no os tienta. Le estoy viendo persuadir a uno de los tres hermanos, los que vinieron a nosotros del monasterio, a cometer un robo infame. Rogad por su alma. Porque el cuerpo lo tiene entregado al poder de Satán.

En la casa en que estaban había colgados vasos de diferentes clases de metal de las paredes, y también bridas y cuernos circundados de plata.

Luego San Brendano dijo al que acostumbraba a repartir el pan a los hermanos:

—Trae la comida que nos manda Dios.

Y él se levantó al momento y halló una mesa puesta y un mantel y un pan para cada uno de excepcional blancura, y pescado. Fue con todo ello, y bendijo San Brendano la comida y dijo a sus hermanos:

—El que da su alimento a toda carne, proclamemos al Dios de los cielos.

Se sentaron entonces los hermanos y alabaron a Dios. Tuvieron lo mismo de beber, lo que quisieron. Terminada la cena y el oficio divino, San Brendano dijo:

—Descansad. Aquí tenéis un lecho bien dispuesto cada uno. Vuestra obra es ya descansar, vuestros miembros están fatigados de tantos trabajos.

Cuando se durmieron los hermanos, vio San Brendano la obra del diablo, era un pequeño etíope y sostenía en la mano una brida y jugaba con ella delante del mencionado hermano. Se levantó San Brendano enseguida y se puso a rezar, siguió toda la noche hasta hacerse de día. Al llegar la mañana, se apresuraron los hermanos a cumplir el oficio divino y después se fueron a la nave, y apareció una mesa puesta igual que el día anterior. Y así por tres días y tres noches preparó Dios la comida a sus siervos.

7 Tras esto, se puso San Brendano con sus compañeros otra vez en marcha y dijo a sus hermanos:

–Mirad no lleve alguien encima alguna cosa de valor de esta isla.

Pero contestaron todos ellos:

–No puede ser, padre, que un robo profane nuestro viaje.

Y San Brendano dijo:

–Mirad, nuestro hermano, aquel del que hablé ayer, lleva en su seno una brida de plata que le dio el diablo anoche.

Cuando el hermano oyó esto sacó la brida de su seno y la tiró y se postró a los pies del hombre de Dios, diciendo:

–Pequé, padre, perdóname. Reza por mi alma, que no perezca.

Todos se prosternaron enseguida en tierra, pidiendo al Señor por el alma del hermano.

Cuando se levantaron del suelo y el santo padre alzó al hermano vieron que saltaba de su seno un pequeño etíope y se lamentaba a grandes voces y decía:

–¿Por qué me expulsas, hombre de Dios, de mi morada, donde llevaba viviendo siete años, y me haces abandonar mi patrimonio?

San Brendano contestó a esta voz:

–Te ordeno en nombre del Señor Jesucristo que no hagas mal a ningún hombre hasta el día del juicio.

Luego el hombre de Dios, volviéndose al hermano, dijo:

–Recibe el cuerpo y la sangre del Señor, pues tu alma va a dejar tu cuerpo. Tú serás sepultado en este lugar. Pero este hermano tuyo, el que vino contigo de nuestro monasterio, ése será sepultado en el infierno.

Y después de recibir la eucaristía, el alma del hermano dejó el cuerpo y vieron los otros hermanos cómo la recibían los ángeles de luz. Pero su cuerpo lo sepultó en aquel lugar el santo padre.

8 Luego los hermanos fueron con San Brendano a la parte de la costa de la isla donde estaba la nave. Y cuando estaban subiendo a la nave apareció un joven con un cesto de panes y un cántaro de agua. Y les dijo:

—Recibid una bendición de la mano de vuestro siervo. Os aguarda una larga jornada hasta que halléis consuelo. Pero ni el pan ni el agua os faltarán desde este día hasta Pascua.

Tras esto salieron con su bendición a navegar al mar. Comían cada dos días. Y les llevó la nave por diversos lugares de la mar.

9 Un día vieron una isla no lejos de ellos. Cuando empezaron a navegar hacia allí vino en su ayuda un viento favorable, de modo que no tuvieron que aplicar más fuerzas que las que podían ejercitar. Cuando la nave arribó a puerto, les mandó el hombre de Dios desembarcar a todos. Él lo hizo luego. Y empezaron a recorrer la isla y vieron que manaban de diversas fuentes abundantes arroyos llenos de peces. Y dijo San Brendano a sus hermanos:

—Celebremos aquí el oficio divino. Sacrifiquemos a la víctima inmaculada de Dios que hoy es la Cena del Señor.

Y estuvieron allí hasta el sábado santo de Pascua.

Y andando por la isla encontraron varios rebaños de ovejas todas de un color, todas blancas; y no podía verse el suelo de tantas ovejas como había. San Brendano llamó a sus hermanos y les dijo:

—Tomad del rebaño lo preciso para el día de fiesta.

Fueron los hermanos presurosos al rebaño a hacer lo que el varón de Dios mandaba. Cogieron una oveja. Cuando la tuvieron atada por los cuernos, siguió al hermano que sujetaba la cuerda en la mano como si fuera mansa hasta donde el varón de Dios estaba. Y dijo entonces el varón de Dios a uno de los hermanos:

—Toma un cordero inmaculado del rebaño.

Y él hizo enseguida lo que le mandaban.

Cuando estaban preparando todo para la obra de Dios al día siguiente, se les apareció un hombre que llevaba en la mano una espuerta llena de panes hechos en el rescoldo y todas las demás cosas precisas. El cual puso estas cosas ante el varón de Dios y, prosternando el rostro en tierra por tres veces ante los pies del santo padre, dijo:

—¿Qué méritos tengo, oh perla de Dios, para que comáis en estos días santos del trabajo de mis manos?

San Brendano le levantó del suelo, le besó y le dijo:

—Hijo, nuestro Señor Jesucristo nos eligió el lugar donde pudiéramos celebrar su resurrección santa.

A lo que dijo aquel varón:

—Padre, aquí celebraréis este sábado santo. Pero Dios ordenó que celebrarais su resurrección en las misas y vigiliass de mañana en esa isla que veis ahí al lado.

Y dicho esto, sirvió a los siervos de Dios y preparó todo lo necesario para el día siguiente. Una vez todo listo y llevado a la nave, aquel varón dijo a San Brendano:

—Vuestra navecilla no puede llevar más. Ya os traeré yo de aquí a ocho días todo lo que necesitéis de comer y beber hasta Pentecostés.

Dijo San Brendano:

—¿Cómo sabrás dónde estaremos dentro de ocho días?

Él dijo:

—Estaréis esta noche en esa isla que veis ahí cerca, y mañana hasta la hora sexta. Después navegaréis hasta otra isla, que queda hacia el oeste, no lejos de ésta, que llaman el paraíso de las aves. Estaréis allí hasta la octava de Pentecostés.

San Brendano le preguntó también cómo podían ser tan grandes como eran aquellas ovejas que había allí. Porque eran más grandes que las vacas. A lo que él dijo:

—A las ovejas de esta isla nadie las ordeña, el invierno no las oprime. Siem-

pre están en sus pastos, día y noche, y se celebra Pascua siempre, día y noche. Por eso son aquí más grandes de lo que son en vuestra tierra.

Y subieron todos a la nave y zarparon después de bendecirse.

10

Cuando se acercaban a la otra isla, empezó la nave a pararse antes de que pudiesen arribar a puerto. San Brendano mandó a los hermanos salir de la nave al mar, y ellos lo hicieron. Arrastraron la nave con cuerdas que ataron a los lados hasta llegar a puerto. Era una isla pedregosa sin ninguna hierba. Apenas había árboles, no había arena en la costa. Mientras pasaban los hermanos allí la noche en oraciones y vigiliass, no abandonó el varón de Dios la nave. Sabía qué isla era aquella, pero no quería decírselo a ellos porque no se asustaran.

A la mañana ordenó que cada sacerdote cantara su misa, y lo hicieron. Cuando el propio San Brendano cantaba en la nave, empezaron los hermanos a llevar carne cruda fuera de la nave para salarla, y también los peces que habían recogido en la otra isla. Después de que hicieron esto, pusieron un caldero al fuego. Cuando echaron la leña en el fuego y el caldero empezaba ya a hervir, empezó aquella isla a moverse igual que una ola. Entonces los hermanos corrieron a la nave pidiendo protección al santo padre. Él les fue dando la mano a cada uno para ayudarles a subir. Dejaron todo lo que habían sacado de la nave y se alejaron navegando. Entonces la isla se alejó también en el mar. Podía verse el fuego que habían encendido a más de dos millas de distancia. San Brendano les contó a los hermanos qué era aquello, diciendo:

—Hermanos, ¿os asombró lo que hizo esa isla?

Ellos dijeron:

—Nos admiró mucho y nos dio miedo.

A lo que dijo él:

—Hijos, no tengáis miedo. Dios me reveló esta noche en visión este misterio. No es isla, allí donde estuvimos, sino pez, el primero de todos los que nadaron en el mar. Anda siempre queriendo estirar la cabeza hasta la cola y no puede por la longitud. Es ese pez al que llaman Jasconio.

11

Cuando iban navegando cerca de la isla donde habían pasado los tres días anteriores y llegaban al extremo occidental de ella, vieron otra isla que casi la tocaba, separada sólo por un canal pequeño, con muchas hierbas y árboles y llena de flores, y se pusieron a rodearla, buscando una entrada. Cuando iban por la costa sur de la isla vieron un riachuelo que desembocaba en el mar y entraron con la nave por allí para llegar a tierra. Cuando desembarcaron, San Brendano les mandó que arrastraran con cuerdas la nave remontando el curso de aquel riachuelo con todas sus fuerzas. Era el río de la anchura aproximada del navío. El padre iba sentado a bordo. Así siguieron una milla hasta que llegaron a la fuente de aquel río. Dijo entonces San Brendano:

—Mirad, nuestro Señor Jesucristo nos da un lugar para que celebremos su resurrección santa.

Y añadió:

—Aunque nouviéramos más sustento que esta fuente, nos bastaría ella sola, creo, de comida y bebida.

Había sobre la fuente un árbol de extraordinaria anchura y no menor altura, lleno de blanquísimas aves. Había en él tantas aves que apenas se veían las hojas y las ramas. Cuando el varón de Dios vio esto empezó a pensar y a considerar qué significaba o por qué razón tal multitud de aves podía estar allí toda agrupada. Tanto le atormentaba esto que le rodaban por las mejillas lágrimas e imploró a Dios, diciendo:

—Dios, que conoces lo desconocido y revelas todo lo secreto, tú conoces la angustia de mi corazón. A tu majestad pido que tengas piedad y reveles por tu gran misericordia tu secreto a este pecador, de modo que lo vea por mis ojos. No te lo pido por mis merecimientos ni por mi dignidad sino por tu infinita misericordia.

Tras decir esto en su interior y sentarse otra vez, una de aquellas aves voló desde el árbol, haciendo con las alas un ruido como de cascabeles, hacia la nave en que el varón de Dios estaba. Y se posó en lo alto de la proa y extendió las alas como si fuera en señal de alegría y miró con mucha mansedumbre al santo padre. El varón de Dios comprendió entonces que Dios había atendido su ruego y le preguntó al ave:

—Si eres mensajera de Dios dime de donde vienen esas aves o por qué razón se congregan aquí.

A lo que dijo ella:

—Nosotras somos de la gran destrucción de la hueste antigua, aunque no nos uniéramos a ellos pecando. Pero fuimos creadas entonces, y tras su caída vino nuestra destrucción como séquito suyo. Sin embargo, nuestro Dios es justo y veraz. Y Él en su gran juicio nos mandó aquí. No padecemos penas. Podemos contemplar aquí la presencia de Dios, aunque no nos dejase compartir la suerte de los otros que le fueron fieles. Vagamos por diversas partes del aire y el cielo y la tierra, como todos los otros espíritus que viajan cumpliendo sus misiones. Pero los domingos y las festividades recibimos cuerpos como los que ahora ves y nos posamos aquí y alabamos a nuestro creador. Tú y tus hermanos ya lleváis un año en este viaje tuyo. Aún faltan seis. Donde celebraste hoy la Pascua, allí la celebrarás todos los años, y encontrarás después lo que tu corazón anhela, es decir, la tierra prometida de los santos.

Una vez dicho esto, alzó el vuelo el ave de la proa y se fue volando con las otras.

Y al acercarse la hora de vísperas todas las aves del árbol cantaron, como con una sola voz, batiendo las alas contra los costados:

—Un himno se te debe, oh Dios, en Sión, y un voto se te cumplirá en Jerusalén.

Y siguieron repitiendo este versículo durante el espacio de una hora, y para el varón de Dios y sus compañeros la cadencia y el rumor de las alas eran por su dulzura como canciones quejumbrosas.

Dijo entonces San Brendano a sus hermanos:

—Alimentad los cuerpos, pues nuestras almas están hoy saciadas de divino alimento.

Terminada la cena celebraron el oficio divino. Una vez terminado, el varón de Dios y sus compañeros dieron a sus cuerpos descanso hasta la media noche. Y despertó el varón de Dios e hizo levantarse a sus hermanos para la vigilia de la santa noche, empezando con el versículo:

—Señor, abre mis labios.

Cuando el varón de Dios terminó, todas las aves respondieron con la boca y las alas, diciendo:

—Alabad al Señor todos sus ángeles; alabadle todas sus potencias.

Cantaron así mismo a laudes sin parar por el espacio de una hora.

Al alumbrar la aurora, empezaron a cantar:

—¡Y sea el esplendor de Dios nuestro Señor sobre nosotros!

Con la misma cadencia y con la misma duración cantaron que en laudes y maitines. También a la hora tercia, este versículo:

—¡Cantad salmos a nuestro Dios, cantadle! ¡Cantad a nuestro rey! ¡Cantad sabiamente!

A sexta:

—Brille sobre nosotros, Señor, tu rostro y ten misericordia de nosotros.

A nona cantaban:

—¡Qué bueno y grato es que los hermanos vivan juntos!

Así, día y noche, alababan al Señor las aves. Y así reconfortó San Brendano a sus hermanos con la celebración de la Pascua hasta el octavo día.

Y cuando terminaron los días de la octava, dijo:

—Tomemos provisión de agua en la fuente, que hasta ahora no la necesitamos más que para lavarnos las manos y los pies.

Después de esto, aquel dicho varón, con el que habían pasado los tres días anteriores a Pascua, que les había dado alimentos pascuales, vino a ellos en su

nave que estaba llena de comida y bebida. Y lo sacó todo de su nave, llegó ante el santo padre y dijo:

—Hombres hermanos, aquí tenéis bastante hasta el día santo de Pentecostés, y no bebáis agua de esta fuente. Fuerte es en verdad para beber. Os diré de qué calidad es: Quien bebe de ella, cae enseguida el sueño sobre él y no despierta hasta que pasan veinticuatro horas. Sólo tiene gusto y calidad de agua cuando corre lejos de la fuente.

Luego regresó a su lugar con la bendición del santo padre.

San Brendano siguió allí hasta la octava de Pentecostés. Les reconfortaba el canto de las aves. Pero el día de Pentecostés, después de que el santo varón cantó la misa con sus hermanos, llegó su provisor; llevaba consigo todo lo necesario para celebrar la fiesta de Dios. Y cuando se sentaron juntos a comer, les habló el provisor y les dijo:

—Os aguarda un largo viaje. Llenad vuestras vasijas en la fuente y haced acopio de pan seco, que pueda duraros hasta el año que viene. Yo os daré tanto como pueda llevar vuestra nave.

Hecho todo esto, recibió la bendición del santo padre y volvió a su lugar.

Al cabo de ocho días hizo San Brendano cargar el barco con todas las cosas que le había llevado dicho hombre, e hizo llenar todas las vasijas con el agua de aquella fuente. Llevado todo a la orilla del mar, he aquí que llegó la dicha ave en rápido vuelo y se posó en la proa de la nave. El hombre de Dios comprendió que el ave quería decirle algo. Entonces dijo con voz humana el ave:

—Celebraréis con nosotras el santo día de Pascua y estaréis el mismo tiempo que estuvisteis aquí al año que viene. Y donde estuvisteis este año en la Cena del Señor, allí estaréis al año que viene dicho día. Celebraréis también la vigilia del Domingo de Pascua donde la celebrasteis este año, encima del lomo de Jasconio. Hallaréis cierta isla al cabo de ocho meses, la que llaman isla de la comunidad de Ailbe, y celebraréis allí el Nacimiento del Señor.

Después de que dijo esto, regresó a su lugar. Los hermanos extendieron la vela y se hicieron a la mar, y cantaban las aves como con una sola voz:

—Óyenos, Dios, salvador nuestro, esperanza de todos en los confines de la tierra y en la extensión del mar.

12

Luego se vio arrastrado de un lado a otro el santo padre con los suyos durante tres meses por la extensión del mar. No podían ver más que la mar y el cielo. Comían siempre cada dos o tres días. Hasta que un día apareció aquella isla cerca y, cuando se aproximaban a la costa, les arras-tró el viento fuera de puerto. Y navegaron así cuarenta días rodeando la isla, sin poder dar en puerto. Los hermanos que estaban en la nave empezaron entonces a rogar al Señor con lágrimas para que les prestase auxilio. Habían agotado ya casi sus fuerzas por la mucha extenuación que padecían. Tras per-severar tres días con oraciones constantes y abstinencia, divisaron un desem-barcadero estrecho, justo con cabida para una sola nave, y vieron allí también dos fuentes, una turbia y una clara. Aprestaron entonces los hermanos sus vasijas para coger agua. El hombre de Dios, al verles, dijo:

—Hijos míos, no hagáis una cosa prohibida sin permiso de los ancianos que viven en la isla. Han de daros ellos por su voluntad el agua que ahora queréis beber furtivamente.

Luego desembarcaron y cuando estaban considerando qué dirección to-mar, salió a su encuentro un anciano de mucha gravedad, cabellos del color de la nieve, rostro resplandeciente, el cual se postró tres veces en tierra antes de besar al hombre de Dios. Pero San Brendano y los que estaban con él le alza-ron del suelo. Después que se besaron, tomó aquel anciano de la mano al santo padre y recorrió con él la distancia de casi un estadio que había hasta el monasterio. Y San Brendano se detuvo con sus hermanos ante la puerta del monasterio y dijo al anciano:

—¿De quién es este monasterio, quién está a su cargo, de dónde son quienes en él conviven?

Así interrogaba al anciano el santo padre con diversas palabras y no podía obtener respuesta alguna de él, que indicaba entretanto con la mano silencio con suma dulzura.

En cuanto el santo padre comprendió que era norma de aquel lugar, se dirigió a sus hermanos, diciendo:

—Absteneos de hablar, no contaminéis a estos hermanos con vuestras necesidades.

Así que dijo esto, he aquí que salieron a recibirles once hermanos con himnos y cruces y arquillas, con estas palabras:

—Salid, santos de Dios, de vuestras moradas y partid al encuentro de la verdad. Santificad el lugar, bendecid a las gentes y dignaos no turbar la paz de vuestros siervos.

Una vez concluido dicho versículo fue el padre del monasterio besando uno a uno a San Brendano y a sus compañeros. Y lo mismo besó su comunidad a la comunidad del hombre santo.

Después que intercambiaron el beso de paz, les condujeron al monasterio con oraciones, como es costumbre conducir a los hermanos en tierra de Occidente. Tras ello el abad del monasterio y sus monjes lavaron los pies de los huéspedes y cantaron la antífona:

—Un nuevo mandamiento.

Hecho esto, les condujo en medio de un gran silencio al refectorio y a una señal se lavaron las manos y se sentaron todos. A una señal segunda, se levantó uno de los hermanos del padre del monasterio y sirvió la mesa con panes de admirable blancura y unas raíces de un sabor increíble. Los hermanos se sentaron además mezclados con sus huéspedes en orden, y había siempre un pan entero por cada dos hermanos. El mismo que servía al pulsar la señal dio a los hermanos de beber.

El abad, por su parte, instaba a los hermanos diciendo con gran gozo:

—De aquella fuente de la que quisisteis beber hoy furtivamente, hacedlo ahora por caridad con alegría y temor del Señor. En aquella fuente turbia que visteis se lavan todos los días los pies los hermanos, pues siempre está caliente. Y los panes que veis no sabemos dónde se hacen ni quién los trae hasta nuestra despensa. Lo que sí sabemos es que es gran caridad que Dios otorga a sus siervos por alguna criatura que le sirve. Somos veinticuatro hermanos los que estamos aquí. Todos los días disponemos de doce panes para nuestro sustento, un pan entre dos. En las festividades y domingos aumenta la ración Dios a un pan entero para cada hermano, de modo que puedan cenar de lo que sobre. Ahora, con vuestra llegada, tenemos ración doble, y así nos alimenta Cristo desde los tiempos de San Patricio y San Ailbe, nuestro padre, hace ya ochenta

años. Sin embargo la vejez y la debilidad han afectado muy poco a nuestros miembros. En esta isla no necesitamos nada de comer que se prepare con el fuego. Ni el frío ni el calor nos vencen nunca. Y cuando llega la hora de las misas o de las vigiliass, encendemos en nuestra iglesia luces que trajimos con nosotros desde nuestro país por designio divino, y hasta el día de hoy arden, y ninguna de ellas es menor que era.

Después de que bebieron por tres veces, hizo sonar la señal el abad del modo acostumbrado, y se levantaron de la mesa todos los hermanos a la vez con gran silencio y gravedad y salieron delante de los santos padres camino de la iglesia. San Brendano y el dicho padre del monasterio fueron tras de ellos. Y cuando entraron en la iglesia salieron a su encuentro otros doce hermanos, que se arrodillaron presurosos. San Brendano dijo al verles:

—Abad, ¿por qué éstos no comieron a la vez que nosotros?

A lo que el padre dijo:

—Por vosotros, porque no cabíamos todos a la vez en la mesa. Ahora comerán y no perderán nada. Pero entremos a la iglesia y cantemos vísperas para que nuestros hermanos que comerán ahora puedan cantar a tiempo vísperas tras nosotros.

Una vez acabado el oficio de vísperas, empezó San Brendano a mirar cómo estaba construída la iglesia. Y era cuadrada, tan ancha como larga, y tenía siete luces: ante el altar que estaba en medio, tres, y dos en cada uno de los otros dos. Los altares eran de cristal escuadrado y también eran de cristal todos los vasos, es decir, las patenas, los cálices y jarras y otros objetos necesarios para el culto divino, y veinticuatro asientos que había dispuestos en círculo. El lugar en que el abad se sentaba estaba sin embargo entre los dos coros. Y empezaba un grupo en él y terminaba en él, y el otro grupo igual. Nadie de ninguna de las dos partes se atrevía a empezar a entonar un versículo si no lo hacía el abad. Nadie en el monasterio se atrevía a hablar ni a emitir ningún sonido. Si un hermano necesitaba algo iba al abad, se arrodillaba ante él y pedía dentro de su corazón lo que pudiese precisar. El santo padre tomaba al punto tablilla y estilo, escribía lo que le revelaba Dios y se lo daba al hermano que le pedía consejo.

Y cuando estaba considerando San Brendano todo esto en su interior, le dijo el abad:

—Padre, ya es hora de volver al refectorio, porque todo lo hacemos con luz.

Y cuando regresaron al refectorio, obraron como antes.

Terminado todo según el orden del curso del día, se aprestaron todos diligentemente para las completas. Y entonces el abad, después de entonar el versículo prescrito, esto es:

—Ven Dios en mi ayuda,

y de que honraron del mismo modo a la Trinidad, empezó a cantar los versículos, diciendo:

—¡Injustamente obramos, fuimos inicuos! Tú que eres un padre misericordioso, sálvanos, Señor. En paz dormiré entonces, y descansaré, pues sólo tú, Señor, me asientas en seguro.

Tras esto cantaron el oficio de la hora.

Una vez completado el orden de los salmos, salieron todos de la iglesia, conduciendo los hermanos con ellos a sus huéspedes, cada uno a su celda. Pero San Brendano y el abad quedaron en la iglesia, a esperar que llegara la luz. Y preguntó San Brendano al santo padre sobre su silencio y su vida allí, cómo podía ser aquello en carne humana.

Entonces dicho padre respondió con inmenso respeto y humildad:

—Abad, ante mi Cristo lo declaro: Hace ochenta años que llegamos a esta isla. No oímos más voz que cuando cantamos alabando a Dios. Entre los veinticuatro que somos no hacemos uso de la voz sino de señas de los dedos o los ojos, y eso sólo entre los de mayor edad. Ninguno de nosotros padeció enfermedad de la carne o del espíritu de las que acechan a la especie humana desde que llegamos a este sitio.

San Brendano dijo:

—¿Nos está permitido quedarnos ya aquí o no?

A lo que dijo él:

—No está permitido, porque no es la voluntad de Dios. ¿Por qué me preguntas a mí, padre? ¿No te reveló Dios lo que debes hacer, antes de que vinie-

ses aquí con nosotros? Has de regresar a tu país con catorce de tus hermanos. Allí ha preparado Dios tu sepultura. De los dos hermanos que aún siguen contigo, uno se quedará en la isla que llaman de los anacoretas y el otro será condenado a los infiernos con una muerte vil.

Mientras estaban así conversando, he aquí que vieron que una saeta de fuego atravesaba la ventana y encendía todas las lámparas que estaban puestas ante los altares. Inmediatamente después salió fuera de allí dicha saeta. Pero quedó en las lámparas una luz magnífica. Entonces el bienaventurado Brendano preguntó:

—¿Quién apagará las luces de mañana?

A lo que dijo el santo padre:

—Ven y verás el misterio que hay en este asunto. Mira, ves velas ardiendo en medio de las lámparas. Pero no se gastan, no disminuyen ni menguan de tamaño, ni queda por la mañana sedimento alguno, porque es luz espiritual.

San Brendano dijo:

—¿Cómo puede una luz incorpórea arder corpóreamente en una criatura corpórea?

Respondió el anciano:

—¿No leíste lo de la zarza ardiente del monte Sinaí? Y siguió siendo sin embargo la misma zarza inmune al fuego.

Velaron la noche entera hasta la mañana, luego San Brendano pidió licencia para seguir su viaje. El anciano le dijo:

—No, padre. Debes celebrar con nosotros el Nacimiento del Señor hasta la octava de la Epifanía.

Así que el santo padre y su comunidad pasaron ese tiempo con los veinticuatro padres en la isla que llaman de la comunidad de Ailbe.

13

Pasadas las fiestas, aceptadas las provisiones y la bendición de los hombres santos, el bendito Brendano y sus seguidores largaron velas presurosos y se hicieron a la mar en su navicilla y llevaron ya a remo ya a vela su nave por diversos lugares hasta principios de Cuaresma.

Cierto día vieron una isla que no quedaba lejos de ellos. Los hermanos empezaron a remar con ahinco en cuanto la vieron, porque el hambre y la sed les tenían muy maltrechos. Tres días hacía que no tenían comida ni bebida. Y después de que el santo padre bendijo el puerto y salieron todos de la nave, encontraron un manantial de agua clara, con muchas plantas y raíces alrededor y diversos géneros de peces que nadaban por el cauce hasta el mar.

San Brendano dijo a sus hermanos:

—Dios nos ha dado aquí consuelo después de los trabajos. Coged peces, lo suficiente para nuestra cena, luego asadlos al fuego. Recoged las hierbas y raíces que preparó el Señor para sus siervos.

Y así hicieron. Pero como cogiesen también agua para beber, el hombre de Dios dijo:

—Hermanos, cuidad de no tomar demasiada cantidad de esa agua, no sea que dañe gravemente vuestros cuerpos.

Los hermanos interpretaron las instrucciones del hombre de Dios de forma dispar y unos bebieron una taza, otros dos y los demás bebieron hasta tres, y éstos cayeron en un sueño de tres días y tres noches, y los otros de dos días y dos noches y un día y una noche los demás. Pero el santo padre rogó sin descanso a Dios por sus hermanos, a quienes había expuesto a aquel peligro la ignorancia.

Una vez transcurridos los tres días, el santo padre dijo a sus compañeros:

—Hermanos, huyamos de esta muerte no nos ocurra algo peor. El Señor nos dio sustento y vosotros hicisteis mal uso de él. Salgamos de esta isla pues y hagamos acopio de estos peces y de todo lo necesario para tres días hasta la Cena del Señor; lo mismo de agua, una sola taza para cada hermano cada día e igual de raíces.

Después de que cargaron la nave con todo lo que el hombre de Dios les ordenó, largaron velas y empezaron a navegar con rumbo norte.

14

Luego, después de tres días y tres noches, cesó el viento y empezó el mar a parecer como cuajado de tan calmado como estaba. El santo padre dijo:

—Dejad los remos en la nave y arriad la vela. Y donde quiera Dios conducirla, que lo haga.

Y dejaron la nave así cerca de veinte días. Tras esto levantó Dios de nuevo para ellos un viento de poniente favorable. Y desplegaron en seguida las velas y navegaron. Sólo comían cada tres días.

15

Luego cierto día divisaron a lo lejos una isla que parecía una nube, y dijo San Brendano:

—Hijitos, ¿conocéis esa isla?

Y ellos dijeron:

—No.

Y él dijo:

—Yo la reconozco. Esa es la isla en que estuvimos por la Cena del Señor el año pasado, donde vive nuestro buen provisor.

Entonces los hermanos empezaron a remar de prisa por la alegría, tanto como podían soportar sus fuerzas. Como el hombre de Dios viese esto, dijo:

—Hijos, que ninguno fatigue neciamente sus miembros. ¿No es Dios omnipotente piloto y marinero de nuestra navecilla? Dejádselo a él, que él mismo dirige nuestro viaje según quiere.

Cuando se aproximaban ya a la costa de la dicha isla, salió a su encuentro en una navecilla el propio provisor y les condujo al puerto donde el año anterior habían desembarcado, alabando a Dios, y besó los pies a cada uno, empezando por el santo padre hasta llegar al último, diciendo:

—Admirable Dios en sus santos. El Dios de Israel da valor y fortaleza a su pueblo. Bendito Dios.

Terminado ya el versículo y descargado todo lo de la nave, instaló una tienda y preparó el baño (pues era la Cena del Señor) y vistió a todos los hermanos con ropa nueva y les sirvió tres días. Los hermanos celebraron también la Pasión del Señor con toda diligencia hasta el Sábado Santo.

Terminados los servicios del día del sábado e inmoladas a Dios las víctimas espirituales y acabada la cena, dijo el mismo provisor a San Brendano y a los que estaban con él:

—Id y embarcad en la nave para que celebréis la noche santa del domingo de la resurrección donde la celebrasteis el año pasado, e igual el día hasta la sexta hora. Después navegad hasta la isla que llaman paraíso de las aves, donde estuvisteis el otro año por Pascua hasta la octava de Pentecostés, y llevad con vosotros todo lo necesario de comida y bebida. Yo os visitaré el domingo siguiente.

Y así hicieron. Y cargó la nave con panes y bebida y carne y otros manjares, tanto como cabía. San Brendano, después de bendecir, subió a la nave y empezaron a navegar enseguida hacia la otra isla.

Cuando se acercaban al punto donde debían desembarcar, he aquí que vieron la olla que habían dejado un año antes. Entonces San Brendano bajó de la nave con sus hermanos y cantó el himno de los tres jóvenes hasta el final. Terminado dicho himno, el hombre de Dios previno a sus hermanos, diciendo:

—Oh hijos míos, velad y orad para que no caigáis en tentación. Considerad cómo sometió Dios a la bestia inmensa poniéndola debajo de nosotros sin ningún obstáculo.

Así pues los hermanos velaron diseminados por aquella isla hasta maitines. Después cada sacerdote ofreció su misa a Dios hasta la tercia. Luego el bienaventurado Brendano inmoló el cordero inmaculado a Dios y dijo a sus hermanos:

—El año pasado celebré aquí la Resurrección del Señor. Lo mismo quiero en este año.

Después se dirigieron a la isla de las aves.

Cuando se acercaban al puerto previsto de la dicha isla, todas las aves cantaron, como con una sola voz, diciendo:

—Salvación de nuestro Dios, que se sienta en el trono, y del cordero.

Y luego:

—El Señor Dios nos ilumina. Celebrad el día solemne todas juntas e id hasta los cuernos del altar.

Así cantaron y batieron alas mucho tiempo, como una media hora, hasta que el santo padre con su santa comunidad y todo lo que había en la nave desembarcó y se instaló en su tienda.

Después de que celebró allí con su comunidad las fiestas de Pascua, vino ya a ellos el provisor, como les había dicho, el domingo de la octava de Pascua, llevando consigo todas las provisiones necesarias para la vida humana.

Cuando se sentaron a la mesa, he aquí que la misma ave se posó en la proa de la navecilla y extendió las alas, haciendo un ruido como el sonido de un gran órgano. Y entonces el hombre de Dios supo que deseaba comunicarle algo. Así que dijo el ave:

—Dios preparó para vosotros cuatro lugares para cuatro estaciones hasta que se cumplan los siete años de vuestra peregrinación, es decir, en la Cena del Señor con vuestro provisor, que está presente todos los años; sobre el lomo de la bestia celebrasteis la Pascua; con nosotras las festividades pascuales hasta la octava de Pentecostés; con la congregación de Ailbe celebrasteis el Nacimiento del Señor. Así que pasen siete años y que paséis por grandes y diversas pruebas, hallaréis la tierra prometida de los santos que buscáis, y viviréis allí cuarenta días y Dios os volverá a llevar después a la tierra de vuestro nacimiento.

Cuando el santo padre oyó esto, se postró en tierra con sus hermanos, dando gracias y alabando a su creador. Después de que el venerable anciano hiciera así, regresó el ave a su lugar.

Luego el dicho provisor, en cuanto terminaron de comer, dijo:

—Volveré a vosotros si Dios quiere con vuestras provisiones el día del advenimiento del Espíritu Santo sobre los apóstoles.

Recibida la bendición del santo padre y de todos los que con él estaban, regresó a su lugar. Luego el venerable padre permaneció allí los dichos días. Así que terminaron las festividades, mandó San Brendano a sus hermanos que se prepararan para navegar y llenaran los odres en la fuente. Cuando se ha-

bían hecho ya a la mar, he aquí que el dicho auxiliador acudió a los hermanos con su propia nave cargada de alimentos. Después de que puso todo en la navicilla del santo varón y besó a todos, volvió por donde vino.

16

El venerable padre navegó con sus compañeros por el mar, y fue arrastrada la nave cuarenta días seguidos. Y he aquí que vieron un día a lo lejos una bestia de inmenso tamaño que iba tras ellos, que lanzaba espuma por las narices y surcaba las olas a gran velocidad como para devorarles. Cuando los hermanos vieron esto, invocaron al Señor, diciendo:

—Líbranos, Señor, que no nos devore esa fiera.

San Brendano les confortó, diciendo:

—No os espantéis, poca fe es esa. Dios, que es siempre nuestro defensor, nos librará de la boca de esta bestia y de otros peligros.

Cuando la bestia se aproximaba a ellos la precedían olas de extraordinaria altura que llegaban hasta la nave, de modo que los hermanos estaban cada vez más atemorizados. El venerable anciano elevó entonces las manos al cielo y dijo:

—Señor, libra a tus siervos, lo mismo que salvaste a David de la mano de Goliat, el gigante. Líbranos Señor lo mismo que libraste a Jonás del vientre de la gran ballena.

Después de estos tres versos, he aquí que apareció por el oeste un poderoso monstruo que pasó junto ellos y fue al encuentro de la bestia. Se abalanzó enseguida contra ella, lanzando fuego por la boca. Y entonces el anciano dijo a sus hermanos:

—Contemplad, hijitos, las grandezas de nuestro redentor. Contemplad la obediencia de las bestias a su Creador. Veamos ahora cómo acaba esto. Pues nada malo nos vendrá de esta lucha, sino que redundará en gloria de Dios.

Dicho esto, el monstruo maligno que perseguía a los siervos de Dios quedó ante sus ojos cortado en tres partes. La otra bestia regresó después de su victoria por donde había venido.

Al otro día vieron a lo lejos una isla grande llena de árboles. Cuando se acercaban a la costa para desembarcar, vieron la parte posterior del monstruo que había perecido. San Brendano dijo:

—Mirad el que quería devoraros. Le devoraréis. Estaréis mucho tiempo en esta isla. Sacad pues vuestra navecilla a tierra y buscad lugar en ese bosque donde se pueda plantar vuestra tienda.

El mismo santo padre determinó el lugar donde debían establecerse.

Una vez que obraron según el mandato del hombre de Dios y colocaron todos los utensilios en la tienda, San Brendano dijo a sus hermanos:

—Tomad vuestras provisiones de ese monstruo, lo que necesitéis para tres meses. Pues esta noche devorarán su cadáver las fieras.

Así que estuvieron hasta vísperas transportando carne, la que necesitaban, siguiendo las instrucciones del santo padre. Y, una vez hecho esto, los hermanos dijeron:

—Abad, ¿cómo podemos vivir aquí sin agua?

A lo que el mismo dijo:

—¿Es acaso más difícil para Dios daros agua que alimento? Id a la parte sur de esta isla y hallaréis una fuente de agua clara y muchas hierbas y raíces, traedme de allí la cuantía adecuada.

Y encontraron todo según el hombre de Dios había predicho. Permaneció luego San Brendano tres meses allí, porque había una tormenta en el mar y un viento fortísimo y tiempo variable con lluvia y granizo.

Los hermanos fueron también a comprobar lo que el varón de Dios dijera de la bestia. Y cuando llegaron al lugar donde antes estaba el cadáver, sólo encontraron huesos. Y volvieron presurosos al hombre de Dios, diciendo:

—Abad, es tal como dijiste.

A lo que él dijo:

—Sé, hijitos, que queríais probarme si había dicho la verdad o no. Os diré otra señal: una porción de un pez vendrá allá esta noche y comeréis de ella mañana.

Y he aquí que al día siguiente fueron los hermanos a aquel lugar y encontraron lo que el hombre de Dios predijera y se llevaron todo lo que pudieron transportar. El venerable padre dijo:

—Conservad esto bien adobado con sal, tendréis necesidad de ello. Pues el Señor hará que el día sea claro hoy y mañana y pasado mañana y que cesen la agitación del mar y el oleaje. Después abandonaréis este lugar.

Transcurridos así los días predichos, mandó San Brendano a sus hermanos que cargaran la nave y llenaran los odres y las otras vasijas y recogieran las plantas y raíces que necesitaban, pues el dicho padre no probaba desde que era sacerdote nada en que el espíritu de la vida se sustentase en carne. Y cargado todo en la nave, largaron velas rumbo al norte.

17

Y he aquí que cierto día vieron una isla lejos de ellos. San Brendano dijo:

—¿Véis aquella isla?—

Dijeron ellos:

—La vemos.

Él les dijo:

—Tres grupos de gentes hay en esa isla, primero uno de niños, luego otro de jóvenes y el tercero de ancianos. Y uno de vuestros hermanos se quedará a vivir allí.

Entonces los hermanos le preguntaron cuál sería. Como insistían en ello y él les veía afligidos, dijo:

—Ese es el hermano que se quedará aquí.

Y era dicho hermano uno de los tres que habían seguido a San Brendano desde su monasterio, de los que había predicho antes, cuando se habían embarcado allá en su patria.

Fueron acercándose luego a la isla hasta que la nave llegó a la costa. Era

aquella isla extraordinariamente llana, tanto que les parecía que estaba a nivel con el mar, sin árboles ni nada que se moviese con el viento. Era en verdad muy espaciosa, estaba además cubierta de unos frutos blancos y rojos. Vieron allí tres grupos, tal como había predicho el hombre de Dios. Y la distancia entre grupo y grupo era como la que alcanza una piedra tirada con honda. Y andaban siempre de una parte a otra, y un grupo se paraba en un lugar y cantaba, diciendo:

—De fuerza a fuerza irán los santos y verán al Dios de los dioses en Sión.

Cuando el grupo terminaba este versículo, se paraba otro y empezaba a cantarlo también, y hacían esto sin interrupción. Llevaba además el primer grupo de niños ropas blanquísimas, y el segundo grupo ropas de color jacinto y el tercero dalmáticas púrpuras.

Era la hora cuarta cuando llegaron al puerto de la isla. Luego, al llegar la sexta, todos los grupos cantaron a la vez, diciendo: «Tenga Dios misericordia de nosotros...» hasta el final del salmo y «Dios, ven en mi auxilio»; lo mismo y tercero el salmo «Tengo fe...» y la oración de gracias como antes; también a la hora nona otros tres salmos: «Desde lo más profundo» y «Oh, que bueno» y «Celebra al Señor, Jerusalén». Y a vísperas cantaron: «A ti se debe la alabanza, oh Dios, en Sión», y «Bendice al Señor, alma mía», y el tercer salmo: «Alabad, niños, al Señor», y cantaron sentados los quince graduales.

Cuando terminaron ese canto, cubrió al punto la isla una nube de claridad extraordinaria, y no pudieron ya ver lo que antes veían por el gran espesor de la nube. Oyeron sin embargo voces que cantaban el canto ordinario sin interrupción hasta la vigilia de maitines. Entonces empezaron los grupos a cantar, diciendo: «Alabad al Señor desde los cielos», luego «Cantad al Señor» y el tercero: «Alabad al Señor en sus santos». Después de éste cantaron doce salmos siguiendo el orden del Salterio.

Y he aquí que cuando amaneció el día quedó la isla libre de la nube y cantaron al punto tres salmos: «Ten piedad de mí, oh Dios», «Dios, mi Dios, desde el alba velo por ti» y «El Señor es mi refugio»; a tercia otros tres, a saber: «Todas las gentes» y «Dios, en tu nombre» y tercero: «Amo, porque», tras el

aleluya. Luego inmolaron el cordero inmaculado y acudieron todos a comulgar, diciendo:

—Tomad este cuerpo sagrado del Señor y la sangre del Salvador para la vida eterna.

Una vez terminado el sacrificio, dos del grupo de jóvenes llevaron un cesto lleno de frutos rojos y lo pusieron en el barco, diciendo:

—Aceptad el fruto de la isla de los hombres fuertes, dadnos a nuestro hermano e id en paz.

Entonces San Brendano llamó al mencionado hermano y dijo:

—Besa a tus hermanos y vete con los que te llaman. En buena hora te concibió tu madre, pues mereciste vivir con tal congregación.

Después de que besó a todos y al santo padre, le dijo San Brendano:

—Hijo, recuerda cuántos beneficios te otorgó Dios en este mundo. Ve y ruega por nosotros.

Y siguió al punto a los dos jóvenes hasta su grupo.

El venerable padre y sus compañeros se hicieron a la mar. Al llegar la hora nona, mandó a sus hermanos que repusieran sus cuerpos con el fruto de la isla de los hombres fuertes. Tras decir esto, cogió el hombre de Dios uno de ellos. Cuando vio su tamaño y que estaba lleno de jugo, se quedó admirado y dijo:

—Nunca vi ni leí que hubiera frutos de este tamaño.

Todos eran del mismo tamaño, a la manera de un bola grande. Entonces el hombre de Dios pidió que le llevaran su cuenco y exprimió uno de ellos, y salió de él una libra de zumo, que el santo padre dividió en doce onzas, dando una onza a cada uno. De tal modo que de un solo fruto se alimentaban los hermanos durante doce días, teniendo siempre en la boca el sabor de la miel.

18

Poco después ordenó el santo padre un ayuno de tres días. Así que pasaron los tres días, he aquí que un ave grandísima voló en dirección a la nave, llevando un ramo de un árbol desconocido que tenía en el extremo grandes uvas extraordinariamente rojas. El cual dejó caer de su boca al regazo del santo varón. Entonces San Brendano llamó a sus hermanos y dijo:

—Mirad y aceptad el alimento que Dios os envió.

Y eran como manzanas aquellas uvas. Las repartió el hombre de Dios una a una, y tuvieron de ese modo alimento hasta el doceno día.

Luego el hombre de Dios volvió a iniciar un ayuno con sus hermanos. Y he aquí que al tercer día vieron una isla no lejos de ellos, toda cubierta de árboles frondosísimos que tenían el fruto mencionado de uvas de extraordinaria fertilidad, de manera que todos los árboles estaban doblados hacia el suelo, llenos del mismo fruto del mismo color. No había ningún árbol estéril, y no los había de otro género en aquella isla. Entonces los hermanos se acercaron a puerto. Y he aquí que el hombre de Dios bajó de la nave y empezó a recorrer la isla. Y era el olor de ella como el olor de una casa llena de granadas. Los hermanos aún esperaban en el barco a que el hombre de Dios volviera con ellos. Y les llevaba el viento un aroma dulcísimo, de manera que se sentían tentados a olvidar el ayuno. Pero el venerable padre halló seis caudalosas fuentes con abundancia de hierbas y de raíces diversas. Después de esto volvió con sus hermanos, llevando consigo primicias de la isla, y les dijo:

—Bajad de la nave y plantad la tienda y repongámonos con los excelentes frutos de esta tierra que el Señor nos mostró.

Y se alimentaron durante cuarenta días de uvas y hierbas y raíces de las fuentes. Transcurrido el tiempo previsto subieron a bordo, llevando con ellos tantos frutos como podía portar la nave.

19

Una vez embarcados, desplegaron la vela de la nave dejando que el viento les guiase. Y cuando iban navegando apareció ante ellos el ave que llaman grifo, que venía volando desde lejos en su dirección. Cuando los hermanos vieron esto, decían al santo padre:

—A devorarnos viene esa bestia.

A lo que el varón de Dios dijo:

—No temáis. Dios es nuestro valedor y nos defenderá también esta vez.

El ave extendió las garras para apoderarse de los siervos de Dios. Y he aquí que de pronto la otra ave, la que la otra vez les llevara el ramo con los frutos, llegó volando rauda al encuentro del grifo. El cual quiso al punto devorarla. Pero la dicha ave se defendió hasta que venció al grifo y le sacó los ojos. El grifo entonces voló hacia lo alto, de manera que los hermanos apenas podían verlo. Pero la atacante no dejó de perseguirlo hasta que lo mató. Pues su cadáver cayó al mar ante los hermanos junto a la nave. La otra ave regresó a su lugar.

20

Pocos días después, San Brendano y sus marineros avistaron la isla mencionada de la comunidad de Ailbe. Celebró allí el nacimiento del Señor con sus hermanos. Transcurridos los días de fiesta, el venerable padre, tras recibir la bendición del abad y de los suyos, recorrió el mar durante mucho tiempo salvo las fiestas mencionadas, es decir Pascua y el Nacimiento del Señor. Pues durante ellas descansó en los lugares que se ha dicho.

21

Sucedió que en cierta ocasión en que Brendano celebraba la fiesta de San Pedro apóstol en su nave, se puso el mar tan claro que podían ver todo lo que había debajo de ellos. Así que cuando miraban a las profundidades, veían diferentes géneros de bestias echadas en la arena. Las veían de tal modo que era como si pudiesen tocarlas con las manos, por la mucha transparencia del mar. Eran como rebaños tumbados en sus pastos. Tal multitud veían que era como una ciudad de círculos, allí todos echados con las cabezas tocando las colas.

Pidieron los hermanos al venerable padre que celebrase la misa en silencio, no fuera que las bestias le oyeran y subieran hasta ellos para perseguirles. Ante esto el santo padre sonrió y les dijo:

—Mucho me asombra vuestra necedad. ¿Por qué teméis a estas bestias y no temisteis al devorador y amo de todas las bestias del mar, cuando os sentasteis y cantasteis salmos sobre su lomo tantas veces? Más aún, cortasteis leña y encendisteis fuego y cocinasteis carne allí. ¿Por qué teméis a éstas? ¿No es Dios de todas las bestias Cristo Jesús nuestro Señor, que puede humillar a todos los animales?

Y dicho esto, empezó a cantar con todas sus fuerzas. Algunos hermanos no apartaban la vista de las bestias. Y cuando las bestias oyeron el canto, subieron del fondo y se pusieron a nadar alrededor de la nave, de manera que no podían los hermanos ver más allá nada por la multitud de los diversos nadadores. Pero no se acercaban a la navecilla, sino que se mantenían nadando lejos, a una cierta distancia, y siguieron así de un lado para otro, hasta que el hombre de Dios terminó la misa. Después de esto todas las bestias se alejaron por diversas rutas del mar como si se apartaran de la vista de los siervos de Dios. Ocho días más tardó San Brendano en cruzar la mar clara a pesar del viento favorable y de navegar a velas desplegadas.

22

Luego un día, después de celebrar las misas, se les apareció una columna en el mar y no les parecía que estuviese lejos de ellos, pero no pudieron llegar a donde estaba hasta tres días después. Cuando el hombre de Dios estaba cerca ya, intentó ver la cúspide, pero no pudo por su altura. Era más alta que el cielo. Estaba además cubierta de un mosquitero de ancha malla. Tan ancha era que podía la nave pasar por los agujeros. No supieron de qué criatura estaba hecha la red mosquitera. Tenía color de plata, pero vieron que era más dura que el mármol. La columna era de cristal resplandeciente.

Dijo San Brendano a sus hermanos:

—Recoged los remos en la nave y el mástil y la vela, y coged varios a la vez los lazos de la red.

Gran extensión tenía en verdad aquella tela en todas sus partes hasta la columna, como de una milla, y se prolongaba también en las profundidades de la mar. Después que hicieron esto, dijo el hombre de Dios:

—Meted la nave dentro por una de las mallas, para que contemplemos detenidamente las maravillas de nuestro Creador.

Cuando entraron y miraron a un lado y a otro, la mar les pareció de vidrio por su transparencia, de tal manera que podían ver todo lo que había abajo. Pudieron contemplar así las bases de la columna y también la parte más alta de la red como extendida en tierra. La luz del sol no era menor dentro que fuera.

Luego San Brendano midió los cuatro lados de una de las mallas de la red, cuatro codos tenía cada uno. Después navegaron durante todo el día por uno de los lados de aquella columna y podían sentir por la sombra el calor del sol al otro lado. Así hasta la hora nona. De este modo fue midiendo el varón de Dios uno de los lados. Mil cuatrocientos codos medía uno de los cuatro lados que tenía la columna. Cuatro días tardó pues el venerable padre en recorrer los cuatro ángulos de la antedicha torre.

Luego, el cuarto día encontraron un cáliz del material del mosquitero y una patena del color de la columna puestos en una ventana en el lado de la columna que miraba al sur. Y cogió San Brendano al punto los dos recipientes, diciendo:

—Jesucristo nuestro Señor nos mostró este milagro, y para mostrar a muchos y que crean me entregó estos dones.

Mandó luego el hombre de Dios a sus hermanos celebrar el oficio divino y reponer después los cuerpos, pues no habían tenido ningún descanso para tomar alimento o bebida desde que habían visto aquella columna.

Pero pasada aquella noche, empezaron los hermanos a remar hacia el norte. Después de cruzar por un agujero de la red, alzaron el mástil y la vela en alto, y otros hermanos sostuvieron los cabos de la mosquitera hasta que estuvo dispuesto todo en la nave. Dispuesto todo ya, empezó a soplar un viento favorable tras ellos de tal modo que no tuvieron necesidad de remar, bastándoles con atender los cabos y el timón. Ocho días estuvo la navicilla navegando así hacia el norte.

23

Pasados ocho días, avistaron una isla cerca, muy abrupta, rocosa y cubierta de escoria, sin árboles ni hierbas, llena toda de fraguas de herreros. Y dijo el venerable padre a sus hermanos:

—Hermanos, me acongoja esta isla, no es que no quiera ir a ella sino que ni siquiera quiero aproximarme, pero el viento nos lleva en línea recta allí.

Y he aquí que cuando pasaban de largo junto a ella, como a tiro de piedra, oyeron ruido de fuelles soplando como truenos, y golpes de martillos contra hierros y yunques. Al oír el venerable padre esto se escudó con el triunfo del Señor por los cuatro puntos cardinales, diciendo:

—Señor, Jesucristo, líbranos de esta isla.

Después de que el hombre de Dios dijese así, he aquí que uno de los habitantes de aquella isla salió fuera como si estuviese haciendo algún trabajo. Era muy velludo y relumbrante y tenebroso al mismo tiempo. Cuando vio a los sier-

vos de Cristo pasar junto a la isla, volvió a su fragua. El hombre de Dios se armó de nuevo y dijo a sus hermanos:

—Hijitos míos, alzád la vela aún más y remad todo lo raudo que podáis y huyamos de esta isla.

Antes de que terminase de decirlo, he aquí que el dicho salvaje bajó derecho hasta la orilla, llevando en las manos unas tenazas con una masa de escoria ardiente de inmenso tamaño y fulgor. La lanzó enseguida sobre los siervos de Cristo, pero no les hizo ningún daño. Pasó por encima de ellos hasta casi un estadio más allá. Y donde cayó en el mar, empezó el mar a hervir como si se hubiese desplomado allí una montaña de fuego, y se elevaba humo del mar como de un horno ardiente.

Y cuando el hombre de Dios estaba ya a casi un estadio del lugar en el que había caído la masa, todos los que en aquella isla estaban acudieron a la orilla del mar llevando cada uno de ellos una masa ardiente. Unos arrojaban las masas al mar tras los siervos de Cristo, y otros las lanzaban sobre las de los otros, regresando sin cesar a las fraguas y prendiéndolas, y parecía al mismo tiempo como si toda la isla ardiese como un horno, y estaba el mar como una olla llena de carne cuando se atiza bien el fuego. Y oyeron a lo largo de todo el día grandes aullidos que salían de la isla. Incluso cuando ya no podían verla, llegaban los aullidos de los habitantes de ella a sus oídos y a sus narices una gran fetidez. El santo padre confortaba entretanto a sus monjes, diciendo:

—Oh soldados de Cristo, fortaleceos con fe no fingida y con armas espirituales, que estamos en los confines del infierno. Velad pues y manteneos firmes.

24

Al día siguiente vieron ante ellos una alta montaña en el mar no lejos hacia el norte como entre nubes tenues, pero llena de humo en la cumbre. Pronto les arrastró el viento en rápido curso hacia la costa de aquella isla hasta que la nave se detuvo no lejos de tierra. Y el acantilado era tan alto que casi no podía verse la cima, y del color del carbón y prodigiosamente recto como un muro.

Y he aquí que uno de los que quedaba de los tres hermanos que habían seguido a San Brendano después de que dejara ya su monasterio, bajó de la nave y echó a andar hacia el pie del acantilado. Y empezó a gritar, diciendo:

—Ay de mí, padre, ayúdame, me arrebatan de ti y no tengo fuerzas para volver a ti.

Los hermanos empezaron al punto a apartar la nave de tierra e invocaban al Señor, diciendo:

—Ten misericordia de nosotros, Señor, ten misericordia de nosotros.

Y el venerable padre y sus compañeros vieron con toda claridad cómo se llevaba a aquel desdichado una multitud de demonios para atormentarle y de qué modo le prendían fuego en medio de ellos, ante lo cual dijo:

—Ay de ti, hijo, que recibiste ese destino por los merecimientos de tu vida.

Luego les arrastró hacia el sur un viento favorable. Cuando miraron atrás desde lejos hacia aquella isla, vieron la montaña despejada de humo y que brotaban llamas como espuma de ella hacia el cielo y volvían a ella luego aquellas mismas llamas, de manera que toda la montaña hasta el mar parecía una gran pira.

25

Luego que San Brendano navegara hacia el sur siete días, apareció ante ellos en el mar un bulto pequeño como de un hombre sentado en una peña, y una colgadura delante de él tan larga casi como un manto, prendida entre dos horquillas de hierro y la agitaban las olas como a una nave cuando se aventura en un remolino. Algunos de los hermanos decían que era un ave, otros que un navío. Como el hombre de Dios les oyese discutir entre ellos esto, dijo:

—Dejad de disputar. Dirigid el rumbo de la nave hacia ese lugar.

Cuando el hombre de Dios se aproximaba allí, se opusieron las olas que casi se cuajaron en un círculo, y vieron entonces a un hombre sentado en una peña, velludo y deforme, y cuando las olas avanzaban hacia él por todas partes le cubrían hasta la coronilla, y cuando retrocedían quedaba a la vista aquella peña desnuda en la que se sentaba el desdichado. El paño que colgaba delante de él lo agitaba el viento de cuando en cuando, batiéndole entonces en los ojos y en la frente.

Brendano el bienaventurado empezó a preguntarle quién era, y por qué pecado le habían enviado allí, y qué merecimientos tenía él que justificasen aquella penitencia. A lo que él dijo:

—Yo soy Judas el desdichadísimo y pésimo negociante. No tengo este lugar por mis merecimientos sino por la inefable misericordia de Jesucristo. No se me cuenta como pena este lugar sino como indulgencia del Redentor en honor de la resurrección del Señor.

Pues era el día domingo.

—Me veo, ciertamente, cuando estoy sentado aquí, como si estuviese en un paraíso de gozos frente al temor de los tormentos que esta noche me aguardan. Pues ardo día y noche como masa de plomo derretida en una caldera en el centro de la montaña que visteis. Allí están Leviatán y sus ayudantes. Yo estaba allí cuando se tragó a vuestro hermano. Y por eso estaba contento el infierno y lanzaba grandes llamaradas, y así hace siempre cuando devora almas de los impíos. Aquí tengo en verdad mi consuelo todos los domingos de anochecer a anochecer, y del Nacimiento del Señor hasta la Epifanía y de Pascua hasta

Pentecostés y en la Purificación y la Asunción de la madre de Dios. Antes y después sufro tormentos en las profundidades del infierno con Herodes, Pilatos, Anás y Caifás. Y por eso os ruego que os dignéis por el Redentor del mundo interceder ante el Señor Jesucristo para que se me permita estar aquí hasta que salga el sol mañana, para que los demonios no puedan torturarme a vuestra llegada y conducirme al destino que adquiriré por mal precio.

A lo que San Brendano dijo:

—¡Hágase la voluntad de Dios! De esta noche a mañana no serás bocado de demonios.

Luego el hombre de Dios le interrogó, diciendo:

—¿Ese paño qué es lo que significa?

A lo que él dijo:

—Este paño se lo di a un leproso cuando era yo administrador del Señor. Pero no era mío cuando lo di. Pues era del Señor y de sus hermanos. Por eso no me proporciona alivio alguno sino mayor obstáculo. Y las horquillas de hierro de las que el paño cuelga, ésas se las di a los sacerdotes del templo para aguantar las ollas. La piedra en que me siento, ésa la puse en un hoyo de la vía pública bajo los pies de los viajeros antes de que fuese discípulo del Señor.

Y cuando la hora vespertina oscureció a Tetis, he aquí que cubrió su superficie en círculo una multitud innumerable de demonios aullantes, diciendo:

—Apártate, hombre de Dios, de nosotros, que no podemos acercarnos a nuestro compañero mientras de él no te apartes y no nos atreveremos siquiera a mirar a la cara a nuestro príncipe hasta que le devolvamos a su amigo. Nos has privado de nuestro bocado. No le protejas esta noche.

A lo que el hombre de Dios dijo:

—No le protejo yo, sino que le otorgó permanecer aquí esta noche hasta el amanecer Cristo Jesús nuestro Señor.

A lo que dijeron los demonios:

—¿Cómo puedes invocar el nombre del Señor en su favor, cuando él mismo traicionó al Señor?

A lo que el hombre de Dios dijo:

—Os ordeno en nombre de nuestro Señor Jesucristo que no le hagáis ningún mal hasta mañana.

Una vez transcurrida aquella noche, cuando el hombre de Dios se disponía muy de mañana a seguir su camino, he aquí que cubrió la faz del abismo una infinita muchedumbre de demonios, dando voces terribles y diciendo:

—Oh hombre de Dios, maldita tu llegada y tu partida, pues nuestro príncipe nos azotó esta noche con latigazos espantosos por no entregarle a ese cautivo maldecido.

A lo que el hombre de Dios dijo:

—Vuestra maldición no nos afecta a nosotros sino a vosotros mismos. Pues al que bendecís vosotros queda maldito y al que vosotros maldecís, ése es bendito.

A lo que respondieron los demonios:

—Dobles penas padecerá Judas el desdichado estos seis días por protegerle tú esta noche pasada.

A lo que el venerable padre dijo:

—Vosotros no tenéis potestad sobre eso, ni vuestro príncipe, eso potestad de Dios será.

Luego añadió:

—Os ordeno a vosotros en nombre de nuestro Señor Jesucristo y a vuestro príncipe que no apliquéis a éste mayores tormentos que antes.

A lo que contestaron:

—¿Acaso alguien es Señor de todo, para que tengamos que cumplir tus palabras?

A lo que el hombre de Dios dijo:

—Yo soy servidor suyo, y todo lo que ordeno es en su nombre, por eso están a mi servicio aquellos que se me concedieron.

Y les siguieron luego hasta que ya no podían ver a Judas. Regresaron entonces los demonios y alzaron entre ellos al alma desdichada con gran furor y griterío.

26

Luego San Brendano y sus camaradas navegaron hacia el sur por el mar, glorificando a Dios en todo. Al tercer día apareció ante ellos una isla pequeña, hacia el sur, lejos. Como los hermanos empezasen entonces a remar más deprisa y a acercarse a la isla, San Brendano les

dijo:

—Varones, hermanos, no fatiguéis demasiado vuestros cuerpos. Ya habéis tenido trabajos suficientes. Hará esta Pascua siete años que abandonamos nuestra patria a la que pronto llegaremos. Así que ahora veréis a Pablo el eremita espiritual, que lleva sesenta años en esta isla sin ningún alimento corpóreo. Durante los treinta años anteriores recibió provisión de cierta bestia.

Cuando se acercaron a la costa, no podían hallar punto de desembarco debido a la altura del acantilado. Era aquella una isla pequeña y toda redonda, como de un estadio. No había verdaderamente tierra sobre ella, sino piedra desnuda que semejava pedernal. Lo que hacía de anchura y longitud, lo hacía de altura. Después de rodear remando aquella isla, dieron con un puerto tan estrecho que apenas si podía caber la proa de la nave y el desembarco era difícil. Entonces San Brendano dijo a sus hermanos:

—Aguardad aquí a que vuelva por vosotros. Pues no os está permitido entrar sin licencia del hombre de Dios que habita este lugar.

Cuando el venerable padre llegó a la cima de aquella isla, vio dos cuevas entrada frente a entrada, del lado de la isla que daba al orto del sol, y una fuente minúscula, redonda como un plato, que brotaba de la piedra delante de la entrada de la cueva en que vivía el soldado de Cristo. Y cuando la fuente desbordaba, al momento la piedra la sorbía. Al acercarse San Brendano a la entrada de una de las cuevas, salió el anciano a su encuentro de la otra, diciendo:

—Oh qué bueno es y qué gozoso que los hermanos vivan juntos.

Dicho esto, pidió a San Brendano que mandase venir de la nave a todos los hermanos. Después que se besaron y se sentaron todos, llamó él a cada uno por su nombre. Los hermanos le oían llenos de asombro no sólo por su poder de adivinación sino también por su hábito. Pues estaba todo él cubierto por el

cabello y por la barba y el resto del pelo hasta los pies, y era todo blanco como la nieve por su mucha vejez. Sólo la cara y los ojos podían verle. No tenía más ropa encima que el cabello que le crecía del cuerpo. Y entonces San Brendano, al ver esto, se afligió interiormente, diciendo:

—Ay de mí, que llevo un hábito de monje, y hay bajo mí muchos en nombre de su orden, y aquí tengo sentado delante a un hombre de carne ya en el estado angélico, ajeno a los vicios de la carne.

A lo que el hombre de Dios dijo:

—Oh venerable padre, cuantos y qué diversos los prodigios que te mostró a ti Dios y que no reveló a ninguno de los santos padres. Y tú dices en tu corazón que no eres digno de llevar el hábito de monje, cuando eres más que un monje. El monje ha de dedicar trabajo de sus manos a vestirse. Pero Dios con sus propios suministros secretos os alimentó a ti y a tus compañeros durante siete años y os vistió. Y yo, desventurado estoy en verdad, posado como un ave aquí en esta peña, desnudo salvo por mis cabellos.

San Brendano le preguntó entonces cómo había llegado y de dónde era y cuánto tiempo hacía que llevaba aquella vida allí. A lo que él contestó:

—Viví en el monasterio de San Patricio cincuenta años y me ocupaba allí del cementerio de los hermanos. Y cierto día que mi decenario me había indicado el lugar de la sepultura para enterrar a un muerto, se me apareció cierto anciano desconocido y me dijo: «No hagas, hermano, una fosa ahí, pues es el sepulcro de otro hombre.» A lo que yo dije: «Padre, ¿quién eres tú?» Y él dijo: «¿Por qué no me reconoces? ¿No soy yo tu abad?» Yo le dije: «¿San Patricio, mi abad?» Él contestó: «Yo soy. Dejé ayer el siglo. Este es el lugar de mi sepulcro. Haz la tumba de nuestro hermano aquí y no digas a nadie lo que yo te he dicho. Pero dirígete mañana a la orilla del mar. Encontrarás allí una navecilla, a la que subirás, que te llevará al lugar donde esperarás el día de tu muerte.

»A la mañana, siguiendo el mandato del santo padre, me encaminé a la orilla del mar y encontré exactamente lo que él mismo me había predicho. Entonces subí a la navecilla y navegué tres días y tres noches. Transcurridos los cuales, dejé que la embarcación fuese adonde el viento quisiese llevarla. Luego, el séptimo día apareció ante mí esta peña, a la que me subí al instante, dejando la

navecilla y empujándola con el pie para que volviese al lugar de donde venía. Vi que inmediatamente, con curso rapidísimo, surcaba las olas por la llanura del mar camino de su patria. Pero yo quedé aquí. Hacia la hora nona me trajo una nutria del mar alimento, es decir, un pez en la boca, y un hacecillo de sarmientos para hacer un fuego entre las patas delanteras, caminando sobre las dos traseras. Después de poner el pez y la leña ante mí, regresó por donde había venido. Yo cogí entonces hierro, golpeé el pedernal e hice un fuego con la leña y preparé una comida con aquel pez. De este modo, durante treinta años, cada tercer día, el mismo servidor traía el mismo alimento, es decir un pez, que me servía para tres días. Comía cada día un tercio del pez y nunca tuve sed gracias a Dios, pero el domingo brotaba un poquito de agua de esta peña, donde podía beber y llenar mi cuenco con agua para lavar las manos. Después de treinta años encontré estas dos cuevas y esta fuente. Aquí viví después casi sesenta años sin tomar más sustento que el que me da esta fuente. Nonagenario soy ya en esta isla, treinta años estuve comiendo pescado y sesenta del alimento de esta fuente que ves; y en mi patria viví cincuenta años. La suma de los años de mi vida hasta hoy es de ciento cuarenta. Y aquí debo ahora esperar en esta carne el día del juicio, según lo prometido. Id pues a vuestra tierra natal y llevad con vosotros odres llenos con agua de esta fuente. Debéis hacer esto porque os espera un viaje de cuarenta días, que durará hasta el sábado de Pascua. Celebraréis el Sábado Santo y la Pascua y los días santos de Pascua donde los habéis celebrado los últimos seis años, y luego, tras recibir la bendición de vuestro provisor, saldréis hacia la tierra prometida de los santos, y estaréis allí cuarenta días, y después el Dios de vuestros padres os guiará sanos y salvos a la tierra de vuestro nacimiento.»

27

Luego San Brendano y sus hermanos, tras recibir la bendición del hombre de Dios, navegaron hacia el sur durante toda la cuaresma, e iba su navecilla de un sitio para otro y era su alimento sólo agua, que habían cogido en la isla del hombre de Dios, y la tomaban cada tercer día sin padecer hambre ni sed y siempre alegres todos.

Luego, tal como el hombre de Dios les predijera, llegaron a la isla del dicho provisor el Sábado Santo. Y al tocar puerto salió él a su encuentro con gran alegría y ayudó a bajar a todos de la nave con sus propios brazos. Un vez terminado el oficio divino de la festividad, les preparó la cena. Al llegar la noche, subieron a la navecilla y el provisor subió con ellos.

Cuando se hicieron a la mar, hallaron enseguida al monstruo en su sitio de siempre, y cantaron allí alabanzas a Dios toda la noche y misas de mañana. Pero, terminada la misa, emprendió Jasconio su camino, y todos los hermanos que estaban con San Brendano empezaron a invocar al Señor, diciendo:

—Óyenos, Dios, salvador nuestro, esperanza de todos hasta los confines de la tierra y en la extensión del mar.

San Brendano confortaba a sus hermanos, diciendo:

—Nada temáis. Ningún mal os aguarda, sólo ayuda para el viaje inminente.

El monstruo les llevó hasta la costa de la isla de las aves. Estuvieron allí hasta la octava de Pentecostés.

Cuando terminó el período de festividad el provisor, que estaba con ellos, dijo a San Brendano:

—Sube a la navecilla y llena los odres en esta fuente. Seré esta vez compañero y guía de vuestra jornada. No podréis encontrar sin mí la tierra prometida de los santos.

Cuando subieron al barco, todas las aves que estaban en aquella isla dijeron como con una sola voz:

—Que Dios que es nuestra salvación os conceda un viaje feliz.

28

San Brendano y los que iban con él navegaron hasta la isla del provisor y él iba con ellos, y tomaron allí provisión para cuarenta días. Luego navegaron por el mar cuarenta días hacia el orto del sol. El provisor delante indicando el camino. Cumplidos los cuarenta días, cuando se acercaba ya la noche, les cubrió una gran niebla, de modo que apenas podían verse unos a otros. El provisor entonces le dijo a San Brendano:

—¿Sabes qué es esta niebla?

San Brendano dijo:

—¿Qué es?

Entonces dijo él:

—Esa niebla rodea la isla que buscaste durante siete años.

Al cabo de una hora, les rodeó de nuevo una potente luz y la nave se detuvo en la orilla.

Cuando bajaron de la nave, vieron una tierra espaciosa y llena de árboles cubiertos de frutos como en tiempo de otoño. Recorrieron luego aquella tierra, sin que se les hiciese ya de noche. Tomaron cuantos frutos quisieron, bebieron de las fuentes y anduvieron así por espacio de cuarenta días por toda aquella tierra sin que le pudieran hallar fin. Hasta que un día llegaron a un gran río que corría por medio de la isla. Entonces San Brendano dijo a sus hermanos:

—Este río no podemos cruzarlo y no conoceremos la extensión de esta tierra.

Cuando estaban considerando esto, he aquí que salió a su encuentro un joven, que les abrazó con gran alegría y, llamándoles a cada uno por su nombre, dijo:

—Bienaventurados los que habitan en tu morada. Te alabarán por los siglos de los siglos.

Después de decir esto, dijo a San Brendano:

—He aquí la tierra que buscaste durante mucho tiempo. No pudiste encontrarla enseguida porque quería mostrarte Dios muchos secretos suyos en la mar grande. Vuelve, pues, a la tierra de tu nacimiento, llevando contigo frutos de esta tierra y tantas piedras preciosas como pueda llevar tu navecilla. Se acaban ya los días de tu peregrinaje, para que duermas con tus padres. Dentro de

mucho tiempo esta tierra será revelada a vuestros sucesores, después de que sobrevenga la persecución de los cristianos. Este río que veis divide esta isla. Así como la veis llena de frutos, así seguirá siempre sin sombra alguna de noche. Porque su luz es Cristo.

Tras tomar de los frutos de la tierra y piedras preciosas de todas clases y despedirse del provisor bendito y del joven, San Brendano y sus hermanos subieron a la navecilla y empezaron a remar cruzando la niebla. Cuando terminaron de cruzarla, llegaron a la isla llamada Deleitosa. Y estuvieron hospedados tres días allí y luego, tras recibir la bendición, San Brendano regresó sin más a su lugar.

29

Los hermanos le recibieron con una acción de gracias, glorificando a Dios que no había querido que se vieran privados de ver a un padre al que tanto estimaban, por cuya ausencia habían quedado huérfanos durante tanto tiempo. Luego dicho bienaventurado varón, congratulándose por el amor de ellos, les contó todas las cosas que recordaba de lo que le había sucedido en el viaje y todo lo que el Señor se había dignado mostrarle en cuanto a maravillas y portentos. Mencionó por último también el testimonio cierto de la inminencia de su muerte según las palabras del joven de la tierra prometida de los santos. Lo cual resultó confirmado, puesto que, tras poner en orden todos sus asuntos, al cabo de un breve espacio de tiempo, reconfortado por los divinos sacramentos, entre las manos de sus discípulos, marchó gloriosamente al Señor, de quien es el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Epílogo histórico

por Eamon Butterfield

La nave

Julio César cuenta en su *Bellum Civili* cómo su ejército se hallaba cercado en el año 49 aC en Ilerda (Lérida), en Hispania, por las tropas de Afranio, legado de su gran enemigo Pompeyo, y por los ríos Sicoris (Segre) y Cinga (Cinca), que se habían desbordado. Sus fuerzas estaban amenazadas por el hambre, pues no podía llegar a su campamento ningún suministro. César continúa:

Ante una situación tan apurada, con todos los caminos bloqueados por los soldados y la caballería de Afranio y sin poder completar los puentes, César ordenó a sus hombres que construyeran barcas del género que su experiencia en Britania en años anteriores le había enseñado a hacer. Las quillas y primeras cuadernas eran de madera liviana, el resto del casco estaba entrelazado y cubierto de pieles.

Cruzando el río de este modo, pudo César suministrar provisiones a sus soldados y luego obligar al enemigo a rendirse.

Este es el testimonio documental más antiguo sobre estas singulares embarcaciones o *coracles*, que en Irlanda se llaman *currachs* (o *curraghs*), que Gildas en el siglo VI latinizó como *curucae*, y que han sobrevivido hasta el presente a lo largo de la costa occidental de Irlanda. El diseño básico de la *currach* era sencillo, y en la *Navigatio*, una crónica (o *immram*, como se llama en gaélico) del viaje legendario a la Tierra Prometida de Brendan el Navegante, se nos da una descripción esquemática de él.

El cristianismo en Irlanda

El cristianismo arraiga en Irlanda en el siglo V en condiciones notablemente singulares, que hicieron que adoptase formas insólitas, en el talante y en el punto de vista, en la doctrina y en la organización.

La doctrina heterodoxa del pelagianismo ejerció gran influjo en algunos sectores de la iglesia irlandesa. Aportaba el estímulo del ejemplo moral, y el hombre con su esfuerzo constante podía alcanzar la perfección moral, como lo hace alegóricamente San Brendan en la *Navigatio*. Como en Irlanda no había centros urbanos, a los cristianos les resultaba allí muy difícil identificarse con las teologías metropolitanas de Roma y de Jerusalén. Pero les era fácil identificarse sin embargo con las renunciaciones y mortificaciones de los Padres del Desierto. Los monjes centraban la nueva religión en torno al monasterio y una «ordine inusitado» (según Beda) subordinaba la autoridad del obispo a la del abad. El ascetismo extremo, considerado una forma de martirio, era en ellos la norma. Lo mismo que el ascetismo monástico entrañaba una renuncia a la naturaleza sensual, el consagrar la propia vida al ideal monástico significaba invariablemente *peregrinatio*, peregrinaje, no en el sentido más moderno, como en Chaucer, donde el viajero se traslada a Canterbury, Santiago o Jerusalén y luego vuelve a casa, sino en un sentido más radical, cuando deja a su familia, a sus parientes y abandona el *túath* para no volver nunca más.

Hay pruebas abundantes que indican que el destierro constituía una forma de castigo, en la ley secular irlandesa primitiva, para

delitos que a los legisladores les resultaba imposible incluir en las categorías normales, delitos que amenazaban las bases mismas de la sociedad, como la traición, o el *fingal*, matar a un miembro del propio linaje. Con el concepto de *peregrinatio* la relación se invierte, lo que se imponía como un castigo legal pasa a abrazarse voluntariamente.

La Biblia suministraba material abundante para elaborar ese concepto. En las vidas de santos se citan a menudo estas palabras de Dios a Abraham (Gn 12, 1):

Abandona tu tierra y tus parientes, deja la casa de tu padre y entra en la tierra que yo te mostraré.

También el Nuevo Testamento (Heb 12,8-9) contenía una interpretación de la experiencia de Abraham que adquiriría suma importancia para los *peregrini* irlandeses:

Por la fe siguió Abraham la llamada de Dios y salió para el lugar que había de recibir en patrimonio, y salió sin saber dónde iba.

Por la fe peregrinó por la Tierra Prometida como por tierra extraña, habitando en tiendas, lo mismo que Isaac y que Jacob, coherederos de la misma promesa.

La búsqueda de una *terra deserta* o *terra secreta* en el mar siempre estaría asociada en el pensamiento de estos *peregrini* con la búsqueda de esta *terra repromissionis*, tierra de la promesa, la tierra prometida.

De ahí el movimiento en gran escala de *peregrini* irlandeses a ultramar, que iban unos hacia el este, hacia Britania y el continente, y otros hacia el oeste, hacia lo desconocido. A fines del reinado de Carlos el Calvo, Erico de Auxerre escribía:

Irlanda, despreciando los peligros del mar, está emigrando casi en masa con su muchedumbre de filósofos hacia nuestras costas, y todos los más instruidos se

condenan al destierro voluntario siguiendo el consejo de Salomón el Sabio.

Pero había otros «destierros voluntarios» de esta cultura monástica que eran más radicales en ese retiro del mundo, que demostraban más valor en «el desprecio de los peligros de la mar», cuyos viajes les llevaban hacia el oeste surcando aguas incógnitas. La persona cuyo nombre estaba más estrechamente vinculado a esa búsqueda era San Brendan el Navegante.

Brendan el Navegante y la *Navigatio*

Brénaind moccu Alti, como se debía decir en irlandés, para indicar que Brendan, el Brendano español, pertenecía al *sept* tributario llamado el Altraige, nació hacia el 489 en el condado de Kerry, entre los «*ultimi habitatores mundi*», los habitantes del suroeste de Irlanda que miraban a lo que se consideraba entonces el ininterrumpido y misterioso océano Atlántico. Hay topónimos modernos en el condado, Bahía Brandon y Monte Brandon entre otros, que conservan la relación con el futuro santo. Fue fundador de numerosos monasterios, entre ellos el célebre de Clonfert, «campo de los milagros», a orillas del Shannon, donde se inicia la *Navigatio*. Según la *Vita Sancti Columbae*, escrita hacia el 690 por el abad de Iona, Adamnán, Brendanus Mocu Alti navegó hasta una isla situada frente a la costa oeste de la moderna Escocia, que también mira hacia el indómito Atlántico y donde aún le conmemoran algunos topónimos, con el fin de visitar a Columba. Murió por último según nos cuentan los Anales del Ulster en el año 577 o 583.

A principios del siglo IX había ya con toda seguridad una versión de la *Navigatio* escrita por un monje anónimo. Entre los ingredientes de su composición figuran la práctica bien documentada de las peregrinaciones marítimas de los monjes irlandeses, rasgos del otro mundo de la ideología precristiana de Irlanda y leyendas de viajes de Brendan que habían aparecido ya en las diversas *Vitae*. Apócrifos,

bestiarios, lapidarios, reminiscencias de la Biblia y los clásicos, y material de las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla, se han indicado todos ellos como parte del bagaje literario del monje escritor cuando se puso a componer su obra. Se daban ya las condiciones para que la *Navigatio* se abriese paso hasta el continente, donde gozaría de gran popularidad y se convertiría en uno de los textos más leídos de la Europa medieval.

El viaje de Brendan a una isla escocesa con el fin de ver al abad irlandés de Iona, Columba (Columcille), está perfectamente atestiguado por documentos y tradiciones. También se dice de él que visitó Gales, donde fundó el monasterio de Llancarvon. Entre sus discípulos figuraba San Machutus, o San Malo, del que se sabe que era natural de Gales y que fundó el monasterio de Alet en Armórica (Bretaña). Malo fue como Brendan navegante famoso y había hecho, según la tradición, uno o dos viajes en busca de una isla maravillosa, de él procede el nombre del archipiélago de las Malvinas. Una *Vita Sancti Machuti* del siglo IX escrita en Alet contiene algunos capítulos tomados de la *Navigatio* y en ella Brendan se ha convertido en un abad galés. Algunas de las versiones posteriores de la *Navigatio* hacen participar sin embargo a Malo en la búsqueda de la Tierra Prometida como uno de los discípulos de Brendan.

Gales tenía estrechos vínculos culturales y lingüísticos con la Armórica, y San Malo se convirtió en santo patrón de los bretones. La penetración de la leyenda de Brendan en estas regiones la constata el *Roman de Renart*, una *geste* en francés antiguo, que nos dice que había una *lai* del santo en bretón. Renart, en un toscó francés, se ufana ante Ysengrin de ser un narrador de cuentos bretón:

Ge fot savoir bon lai breton
Et de Merlin et de Noton,
Del roi Artu et de Tristan,
Del chevrefoil, de saint Brandan.

Según una *Vita Brendani* posterior, fue el irlandés y no el galés quien fundó el monaste-

rio de Alet. Esta conexión legendaria de Brendan el Navegante con Gales y Bretaña y la yuxtaposición de su vida a la de San Malo probablemente sean indicio de una transmutación a forma literaria, de la circulación de manuscritos sobre su vida y aventuras y la difusión de su leyenda por esas regiones. De hecho, y en virtud de esta asociación con Irlanda, Escocia, Gales y Bretaña, puede considerarse a Brendan el eclesiástico prototípico de los pueblos de habla celta en el Medioevo.

Desde Bretaña la leyenda se difundió por la Lotaringia (Lorena). Al iniciarse las incursiones vikingas en Bretaña en el 919 y destruir los invasores poblaciones y monasterios, se produjo un éxodo de eclesiásticos, de monjes y monjas, hacia el este. Muchos de estos refugiados se establecieron en centros de fuerte influencia irlandesa, entre ellos Laon, Metz, Péronne, Verdun, Liège, Treves (Trier), donde habían escrito y enseñado en siglos anteriores personalidades tan ilustres como Sedelio Escoto, Clemente Escoto, Martín Hibernés, Dicuil y Juan Escoto Eriugena. Uno de estos monjes pudo haber sido el instrumento de la difusión de la leyenda de Brendan, Israel Episcopo Escotígena. (Se le llama a veces Britígena, para indicar que era de Bretaña, y el *episcopo*, en la tradición irlandesa, sólo indicaba actividad litúrgica y no jurisdicción sobre una diócesis). Notable erudito en latín y griego, se estableció primero en Laon y luego se convirtió en Treves en tutor y consejero político de Bruno, hermano del emperador Otón y más tarde duque de Lotaringia y arzobispo de Colonia, con el que asistió al famoso sínodo de Verdún en el 947. Más tarde se retiró y murió en el monasterio benedictino de St. Maximin, Treves, que era entonces la principal ciudad de la Lotaringia. El código más antiguo de la *Navigatio* que se conserva, aunque es sin duda copia, se escribió en St. Maximin hacia el año 975.

La leyenda probablemente influyese por lo menos en un topónimo. En el año 928-929 el emperador sajón Enrique I emprendió la guerra contra los eslavos en sus territorios del este del Elba y durante la campaña conquistó

la fortaleza insular de Tugumir en el río Havel. El hijo de Enrique, Otón el Grande, inició una política de cristianización del territorio conquistado, creando para ello una serie de sedes episcopales. Una de ellas tenía como centro la fortaleza insular de Tugumir y abarcaba un gran territorio comprendido entre los ríos Elba y Oder. El primer nombre registrado de esta nueva sede aparece en el original de una carta imperial en latín del año 948, que firman Otón el Grande y su hermano Bruno, que actuaba como *cancellarius Imperii*. En este documento se da a la sede el nombre de Brendanburg. La *Navigatio* contiene algunos episodios de monjes que se encuentran lo que parecen fortalezas isleñas y los alemanes del siglo X llamaban a un lugar fortificado *burg*. Bruno había sido, además, educado, y aconsejado luego, por el monje irlandés Israel Episcopo, que conocía indudablemente la existencia de la *Navigatio*. Cambios lingüísticos de la lengua alemana, unidos al hecho de que en muchos códices se llama al navegante irlandés Brandanus, transformaron el nombre en Brandenburg.

La *Navigatio* y las lenguas vernáculas

También aparecieron traducciones o adaptaciones de la *Navigatio* en las lenguas vernáculas. En las germánicas se tradujo pronto al holandés antiguo en una colección de *Vitae Sanctorum*. En la Renania apareció hacia 1150 una traducción al alto alemán medio, con algunos cambios, en forma de poema de unos dos mil quinientos versos, que se convirtió a su vez en fuente de otra versión poética del viaje escrita hacia 1200. En 1468 la duquesa Ana de Baviera encargó al doctor Johannes Hartlieb una traducción al alto alemán. Desde las ciudades alemanas del Báltico la *Navigatio* se difundió aún más al norte, traducándose al noruego. Ha llegado hasta nosotros parte de una traducción al islandés del siglo XIII. En el inglés medio de los siglos XIII y XIV se hicieron versiones métricas del viaje.

En cuanto a las lenguas romances, el poeta anglonormando Apostólico Benedicto hizo

una famosa traducción al francés hacia 1121, una de las narraciones más antiguas que se conocen en francés. Tuvo tanto éxito que otros *literati*, sin conocer el origen del poema, volvieron a pasarlo al latín en prosa y en verso. Siguieron varias versiones más, más resumidas. Más al sur, se ha conservado una traducción medieval al provenzal antiguo (alta lengüadoc). Hay también una versión, bastante literal, en italiano antiguo, de 1300, pero en la primera frase aparecen las palabras *in Venezia nato fu*: da la impresión de que al autor le debió parecer inadmisibles que siendo tan famoso marino no fuese nativo de Venecia. Pronto aparecieron otras traducciones en Italia, una en veneciano antiguo. Dante probablemente conociese la leyenda. Aparte de una traducción catalana, parece que no ha llegado hasta nosotros ninguna versión medieval en ninguna de las lenguas vernáculas de la Península Ibérica, aunque sobrevive un código latino de la *Navigatio* en Madrid y otro en Lisboa, y las leyendas de una *Ínsula de san Borondón* estaban difundidas allí indiscutiblemente en el período final de la Edad Media.

La tradición monástica del viaje ultramarino

Los descubrimientos y exploraciones marítimas de los europeos del norte habían comenzado con el peregrinaje marino monástico irlandés, del que tenemos pruebas históricas abundantes. Adamnán, en su *Vita Sancti Columbae*, escrita hacia 690, unos cien años después de la muerte del santo, y basada en testimonios de ancianos, habla a menudo de la búsqueda por parte de monjes de un *eremum* (o *desertum*) *in oceano* para encontrar allí sosiego y consagrar la vida a la oración. Menciona reiteradamente a Cormac, un monje de la *paruchia* de Columba, que salió varias veces a buscar una isla desierta en el mar. Cita a Columba, atribuyendo uno de los fracasos de Cormac a la indisciplina monástica:

Pero esta vez tampoco encontrará lo que busca, y por ninguna falta más de su

parte que la de haber llevado consigo impropriamente de compañero de viaje a un hombre que, siendo monje de un abad religioso, partió sin el consentimiento del abad.

Este es también el motivo que aparece de forma explícita en la *Navigatio*, el de que si van más del número de tripulantes inicialmente estipulado causarán males a los demás navegantes o serán motivo del fracaso de la expedición.

En la *Crónica Anglosajona* hay la siguiente entrada correspondiente al año 891:

Y llegaron tres irlandeses al rey Alfredo en una embarcación sin ningún remo desde Irlanda, que habían abandonado secretamente porque deseaban desterrarse por amor a Dios, sin que importase dónde. La embarcación en que viajaban estaba hecha con dos pieles y media y habían llevado consigo alimento para siete días. Y al cabo de los siete llegaron a tierra de Cornualles y fueron a presentarse enseguida al rey Alfredo.

Este tema de abandonar una currach a merced del viento y de las olas se repite a veces en la *Navigatio*, cuando Brendan ordena a sus monjes que guarden los remos y desplieguen la vela para que la voluntad de Dios pueda guiar la embarcación.

El testimonio mejor y más completo de las dimensiones de la peregrinación marítima del clero irlandés se halla en el *Liber de Mensura Orbis Terrae*, escrito en el 825 por el geógrafo Dicuil, monje irlandés de la corte de Carlomagno y de su sucesor. Esta obra consiste principalmente en una compilación de geógrafos anteriores, especialmente Plinio, Solino, Prisciano e Isidoro de Sevilla. Pero en el capítulo VII Dicuil revela originalidad aportando testimonio de primera mano:

Hay otra serie de pequeñas islas, separadas casi todas por pequeñas extensiones de agua; en ellas durante casi cien

años han vivido ermitaños que navegaban hasta allí desde nuestro país, Irlanda. Pero lo mismo que estuvieron siempre desiertas desde que empezó el mundo, así ahora debido a los piratas vikingos están vacías de anacoretas y llenas de multitud de ovejas y de muchas aves marinas de muy diversos géneros. Nunca he visto esas islas que nombran los autores.

Se trata sin duda alguna de las Feroes, un grupo de pequeñas islas muy juntas. Su nombre escandinavo, Faer-Eyjaer, significa Islas de las Ovejas, y son también famosas como colonias de aves marinas. Así que a principios del siglo VIII monjes irlandeses habían hallado allí una *terra deserta* en su destierro del mundo. El topónimo Brandarsvik, o Arroyo de Brendan, aún conmemora al navegante medieval, mientras que el puerto de Westmanna significa el Puerto de los Hombres del Oeste, o de los irlandeses.

Por último Dicuil hace una descripción de la famosa isla de Thule, que por razones geográficas puede identificarse con Islandia:

Hace ya treinta años que los clérigos, que habían vivido en la isla desde primeros de febrero a primeros de agosto, me contaron que no sólo en el solsticio de verano sino en los días próximos a él, el sol se pone al final del día como si se ocultase tras una montaña, de manera que no había oscuridad en ese espacio muy breve de tiempo, y podía uno hacer todo lo que quisiera como si el sol estuviera allí, hasta espulgarse la camisa, y si uno estuviese en lo alto de un monte quizá nunca llegase a ocultarse el sol para él.

Así que los monjes navegantes irlandeses del siglo VIII debieron de llegar a esta isla.

¿Llegaron los monjes a América?

¿Navegaron estos marineros irlandeses más allá y acabaron llegando a América del norte en su búsqueda de una *terra deserta* o de la *terra repromissionis*? El testimonio directo ha de buscarse en las sagas islandesas, algunas de las cuales podrían haber estado inspiradas por la *Navigatio*. Estas sagas describen cómo se fueron estableciendo aventureros vikingos en Islandia en el siglo IX, en Groenlandia en el X y más tarde en Markland (Labrador) y Vinland la Buena (Terranova). Sus alusiones a los irlandeses son esporádicas pero intrigantes.

El *Landnamabok*, una crónica del siglo XII, explica cómo a un islandés del siglo X, un tal Ari Marsson, «arrastráronle en el mar fuertes vientos hasta Hvitramannaland [Tierra de Hombres Blancos], que algunos llaman Irland-ed-Mikla [Irlanda la Grande]; hállese al occidente del mar, junto a Vinland la Buena; a seis días de navegación desde Irlanda hacia el poniente». Los seis días deben ser un error, debe tratarse de seis semanas. A Ari, que no consiguió escapar de allí inmediatamente, le bautizaron gentes que sólo podían haber sido irlandeses, gentes a las que los nativos tenían en gran estima. Ari describió a su regreso todas sus aventuras a «Hrafní el mercader de Hlymrek», así llamado «porque pasó mucho tiempo en Hlymrek [Limerick] de Irlanda».

La *Eiríks Saga Rauda* o saga de Eric el Rojo, describe el principio del fin de la efímera colonia islandesa de Vinland la Buena. Estos colonos, capitaneados por Thorfinn Karlsefni, abandonaron el lugar obligados por los indígenas. Cuando llegaron a Markland

hallaron allí cinco skraelings [esquimales], de los que uno tenía barba, dos eran mujeres y dos niños. Los escandinavos capturaron a los niños, pero los otros huyeron y se hundieron en el suelo... Los niños dijeron que había una tierra al otro lado, enfrente de la suya, que habitaban gentes que vestían vestiduras blancas, y que llevaban delante de

ellos palos a los que estaban fijados trozos de tela, y que gritaban mucho; la gente cree que esta tierra debía de ser Hvitramannaland o Irland-ed-Mikla.

Como los monjes irlandeses llevaban hábitos blancos, los nórdicos supusieron simplemente que sólo podía tratarse de una procesión de monjes irlandeses.

Por último, la *Eyrbyggja Saga* cuenta que en el siglo XI un mercader llamado Gudleif Gunnlangson, cuando navegaba de Dublín a Islandia se vio desviado de su curso y arrastrado hasta una costa desconocida. Allí los nativos, que hablaban un idioma que a Gudleif le parecía irlandés, se apoderaron de él y de su tripulación y les habrían matado o esclavizado de no ser por la intervención de su jefe, un vikingo de Islandia que había huido a causa de un pleito de familia, que les ordenó marcharse de allí inmediatamente.

Pero el que llegaron o no a América del norte estos navegantes medievales es en último término especulación vana. Estos monjes desafiaron la cólera del mar para alcanzar la disolución del tiempo histórico como un preludio para la creación del tiempo divino en su vida personal. Fuese cuál fuese la comunidad que pudiesen haber llegado a crear, sólo podrían haberse reproducido al precio de traicionar su ideal primero. Si hubiesen encontrado otras gentes en su *terra deserta*, se habrían sentido obligados a predicar el Evangelio, cuando su impulso primordial era precisamente apartarse del contacto social. Convencidos de que el fin de la historia estaba ya próximo, exploraban la soledad del mar con el propósito de alcanzar ese fin. Mientras otros miembros de la misma cultura monástica viajaban al este, hacia el continente, para conseguir que el valor de esa cultura recibiese el tributo debido y se incorporase a la corriente general de la historia, los que zarpaban hacia el oeste se salían de los márgenes históricos, de los que recelaban. Mientras que los que cruzaran luego el Atlántico, los vikingos primero, después Cristóbal Colón y sus sucesores, lo harían para colonizar las tierras recién descubiertas e

imponer su voluntad a los habitantes nativos, estos monjes sólo querían apartarse del desasosiego de la vida de azar y de cambio inherente a toda civilización para alcanzar la paz de la contemplación pura.

*

NOTA DEL TRADUCTOR

Esta versión de la *Navigatio* se hizo a partir de la edición del doctor Carl Selmer, basada a su vez en dieciocho manuscritos de entre los siglos X y XII, y se complementó con el artículo de James Carney sobre esa edición de *Medium Aevum* XXXII (1963) y con las traducciones al inglés de J. F. Webb (1965) y de J. J. O'Meara (1978). Los datos completos pueden hallarse en la bibliografía.

AGRADECIMIENTOS

Queremos dar las gracias a Mick O'Halloran y Rosaleen Butterfield de Dublín, Edel Álvarez de Barcelona y Nick Rider de Londres por suministrar copias de textos con gran rapidez, a Fiona Butterfield de Londres por superar dificultades de acceso a la British Museum Library y a Carmen Duró Aleu de Barcelona por proporcionar entorno favorable en que pudiese escribirse el epílogo.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Flórez, J.M. y Butterfield, E. *El Perro del Ulster*, Barcelona 1988.
- Anderson, A.O. y M.O., ed., *Adamnán's Life of Columba*, Londres 1961.
- Ashe, G. *Land to the West*, Londres 1962.
- Babcock, W.H. *Legendary Islands of the Atlantic*, American Geographical Society, Nueva York 1922.
- Benito Ruano, E. "La leyenda de San Brandán" en *Revista de Historia* 17, 1951.
- Bieler, L., ed., *The Patrician Texts in the Book of Armagh*, Dublín 1971.
- Byrne, M. "On the Punishment of Sending Adrift" en *Eriu* XI, 1932.
- Carney, J. *Studies in Irish Literature and History*, Dublín 1955.
- Carney, J. "Navigatio sancti Brendani by Carl Semer" en *Medium Aevum* XXXII, 1963.
- Charles-Edwards, T.M. *The Social Background to Irish Peregrinatio en Celtica* XI, 1976.
- De Courcy Ireland, J. y Sheehy, D., ed., *Atlantic Visions*, Dublín 1989.
- Dumville, D. "Echtrae and Immram: Some problems of definition" en *Eriu* XXVII, 1976.
- Esposito, M. "Sur la Navigatio Sancti Brendani et sur ses versions italiennes" en *Romania* 64, 1938.
- Farmer, D.H. *The Age of Bede*, Harmondsworth 1983.
- Hegel, G.W.F. *The Philosophy of History*, Nueva York 1956.
- Hughes, K. "On an Irish Litany of Pilgrim Saints" en *Analecta Bollandiana* 77, 1959.
- Hughes, K. "The Changing Theory and Practice of Irish Pilgrimage" en *Journal of Ecclesiastical History* XI, 1960.
- Jackson, K.H. *A Celtic Miscellany*, Harmondsworth 1971.

- Kenney, J. "The Legend of St. Brendan" en *Trans. of the Royal Society of Canada* 14, 1920.
- Kenney, J. *The Sources for the Early History of Ireland*, Nueva York 1929.
- Loomis, R. "Irish Imrama in the Conte del Graal" en *Romania* 59, 1933.
- Mac Cana, P. "Conservation and Innovation in Early Irish Literature" en *Études Celtiques XIII*, Francia 1972.
- Mac Cana, P. "Mongán Mac Fiachna and Immram Brain" en *Eriu* XXIII, Dublín 1972.
- Mac Cana, P. "On the "Prehistory" of Immram Brain" en *Eriu* XXVI, Dublín 1975.
- Mac Cana, P. "The Sinless Otherworld of Immram Brain" en *Eriu* XXVII, Dublín, 1976.
- Mac Mathúna, S. *Immram Brain*, Tubingen 1985.
- Marcus, G.J. *Factors in Early Celtic Navigation*.
- Merrilees, B. y Short, I. *Le Voyage de Saint Brandan de Benedeit*, París 1984.
- Meyer, K. "The Irish Mirabilia in the Norse 'Speculum Regale'" en *Eriu* IV.
- Meyer, K. y Nutt, A. *The Voyage of Bran*, Londres 1895-7.
- Morison, S.E. *The European Discovery of America*, Nueva York 1971.
- Murphy, G. *Early Irish Lyrics*, Oxford 1956.
- O'Meara, J.J. *The Voyage of Saint Brendan*, Portlaoise 1978.
- O'Meara, J.J. y Naumann, B., ed., *Latin Scripts and Letters A.D.400-900*, Leiden 1976.
- Oroz Reta, J. *Etimologías de San Isidoro de Sevilla*, Madrid 1982.
- Oskamp, H.P.A. *The Voyage of Máel Dúin*, Groningen 1970.
- Oskamp, H.P.A. "Echtra Condla" en *Études Celtiques XIV*, 1974.
- Peete Cross, T. y Slover, C.H. *Ancient Irish Tales*, Londres 1937.
- Picard, J-M y de Pontfarcy, Y. *St Patrick's Purgatory*, Dublin 1985.
- Plummer, C. "Some New Light on the Brendan Legend" en *Zeitschrift für Celtische Philologie* 5, 1905.
- Rees, A. y B. *Celtic Heritage*, Londres 1961.
- Selmer, C. "The Beginnings of the St Brendan Legend on the Continent" en *The Catholic Historical Review* 29, 1943.
- Selmer, C. "A Study of the Latin Manuscripts of the Navigatio Sancti Brendani" en *Scriptorium* 3, 1950.
- Selmer, C. "The Origins of Brandenburg, Prussia", en *Traditio* 7, 1949-1951.
- Selmer, C. "The Vernacular Translations of the Navigatio Sancti Brendani" en *Mediaeval Studies* 18, 1956.
- Selmer, C. *Navigatio Sancti Brendani Abbatis*, Indiana 1959.
- Severin, T. *The Brendan Voyage*, Londres 1978.
- Skelton, R.A. *Explorers' Maps*, Londres 1958.
- Stokes, W. "The Voyage of Snedgus and MacRiagla" en *Revue Celtique*, 1888.
- Stokes, W. "The Voyage of Mael Duin" en *Revue Celtique* IX y X, 1888, 1889.
- Stokes, W. "The Voyage of the Háil Corra" en *Revue Celtique XIV*, 1893.
- Stokes, W. *Lives of the Saints from the Book of Lismore*, Oxford 1890.
- Thrall, W.F. "Clerical sea pilgrimages and the Immrama" en *Manly Anniversary Studies in Language and Literature*, Chicago 1923.
- Tierney, J.J., ed., *Dicuil, Liber de Mensura Orbis Terrae*, Dublín 1967.
- Van Hamal, A.G. *Immrama*, Dublín, 1941.
- Waters, E.G.R. *An Old Italian Version of the Navigatio S. Brendani*, Oxford 1931.
- Webb, J.F., ed., *Lives of the Saints*, Harmondsworth 1965.
- Wesstropp, T.J. "Brasil and the Legendary Islands of the North Atlantic" en *Proceedings of the Royal Irish Academy*, 1912.

Índice

Navegación, 9
Epílogo histórico, 55
Nota del traductor
y Agradecimientos, 61
Bibliografía, 61

Anaya & Mario Muchnik



9 788479 793371

5015002